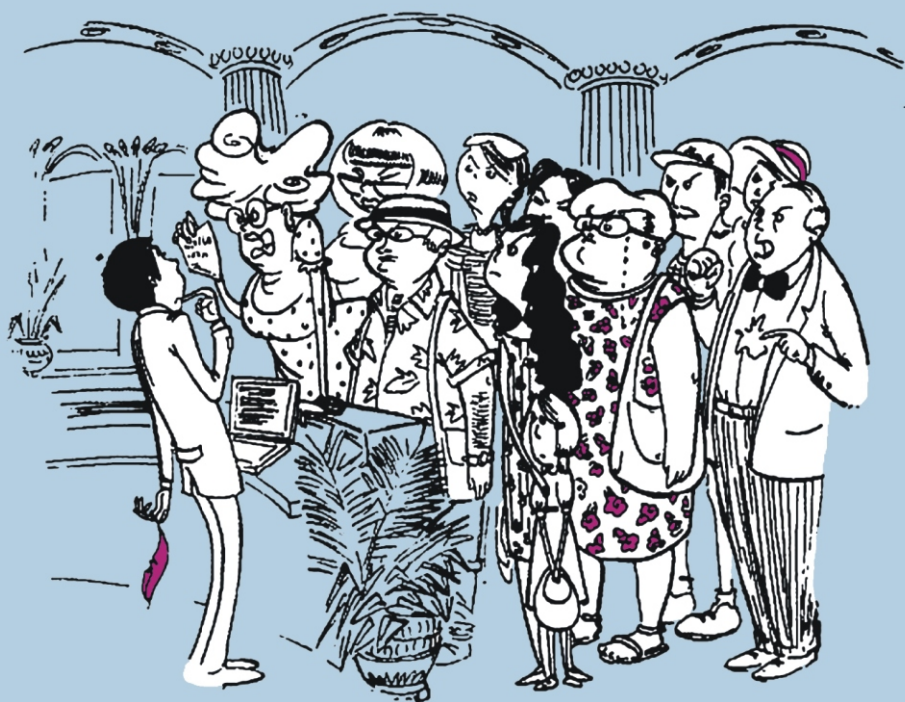


¡PELIGRO INMINENTE, PASAJEROS A BORDO!

Las aventuras de un recepcionista a
bordo de un trasatlántico de lujo



¡PELIGRO INMINENTE, PASAJERO A BORDO!



La historia real de las aventuras y desventuras de un recepcionista a bordo de un trasatlántico de lujo

Dibujo: Gisella Giampietro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia o registro, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Inscrito en el registro de la propiedad intelectual de Barcelona.

Copyright © Miguel Elipe del Arco, 2008

miguel_elipe@hotmail.com

Depósito legal: B-17.049-2008

Impreso en: Artes Gráfica Torres, S.L. - Morales, 17 - 08029 Barcelona

Indice

In Memoriam	7
El soldado a punto de alistarse	9
Llegó el día y la luz cedió paso a las tinieblas	14
Bautismo en la retaguardia	19
Las guerreras de primera línea de fuego.....	23
Confirmación en el frente.....	27
El julandrerío en la guerra.....	29
En el fragor de la batalla	31
Tácticas y arsenal armamentístico	36
Jerarquía y códigos militares	40
¡A mandar, mi general!	45
El ocio de la tropa.....	48
Destreza en el cuerpo a cuerpo	51
Mis fieles aliados.....	54
El ascenso a la cúpula del Estado Mayor.....	57
Disidencia al bando enemigo.....	63
Los escenarios de la contienda	64
Los soldados de reemplazo	70
El hundimiento	73
El pasajero contraataca	75
Trilogía del terror.....	75
Master Cum Laude.....	77
Me siento de morir.....	79
La peste rosa	79
Por ellos	80
Los “Non Plus Ultra”	81
El viejo tigre.....	82
Mi tesoooooro	82
La repelencia	83
Bendito virus.....	83
Goles en propia puerta	84
Choricillos a babor	85
Al César lo que es del César	86
Dulce derrota.....	91

In Memoriam

Dedico este libro a esos grandes héroes, a todos aquellos valientes recepcionistas de los trasatlánticos que surcan los siete mares y que sacrifican sus vidas en una desgarradora lucha a vida o muerte contra ese terrible e implacable enemigo que es el pasajero.

Ojalá el mundo llegue a conocer la magnitud de la entrega y valerosidad que demostráis día a día en el campo de batalla de la recepción.

Espero que esta obra, escrita por el que fue uno de los vuestros, sirva para honrar vuestra memoria y como justa venganza por todo lo que llegáis a sufrir.

El soldado a punto de alistarse

Llevaba a mis espaldas una extensa carrera profesional de seis años –uno de los cuales al frente del departamento de cafés y fotocopias en un prestigioso bufete de abogados de Madrid y otros cinco en una agencia de comunicación de Barcelona- cuando un buen día sentí una llamada.

Había llegado a la conclusión de que algo tenía que aportar al mundo profesional, por poco que fuera. Y ese algo destinado para mí iba a ser, tal y como me fue revelado en la visión que tuve aquel día, trabajar a bordo de un trasatlántico de esos de lujo surcando los mares.

Pasé muchos días meditando la idea loca de embarcar como tripulante en un crucero y la logística que aquello requeriría; dejar el trabajo, mi piso, los amigos, familia, amantes....Cuántas más vueltas le daba al asunto en sí, más cuenta me daba de que iba a ser, sin lugar a dudas, la experiencia profesional más gratificante y el descubrimiento de una auténtica vocación.

Sería perfecto, porque si lo que a mí realmente me fascinaba eran las relaciones humanas (esto es un eufemismo para referirme al hecho de que lo que más me puede llegar a fascinar en esta vida es cascar por los codos), entonces navegar por el mundo a bordo de un barco, ser su relaciones públicas y contribuir a satisfacer las necesidades de los pasajeros iba a ser un éxito asegurado.

Así que me puse manos a la obra, investigué cuales eran las mejores compañías de cruceros del mundo y me puse morado de enviar curriculums a diestro y siniestro.

Probablemente la gran mayoría de los ciento veinte que envié fueron a parar a la basura, que es donde deberían haber ido a parar todos. Pero un buen día recibí una respuesta, vía correo electrónico, de una de las compañías más importantes del sector. No daré nombres, no vaya a ser cosa que me rebocen a demandas judiciales después de leer esto, y se vaya a tomar por saco mi prometedor futuro como escritor a lo J.K. Rowling, versión masculina y cañí.

A lo que íbamos. Aquel email, era una respuesta al mío, cuyo remitente era uno de los jefazos de esa compañía y en el que me decía que le había gustado mucho mi perfil y que tenía una prometedor carrera en el Departamento de Atención al Pasajero (“Guest Relations”

como lo llaman los muy cursis o “Recepción” como se le ha llamado toda la vida de Dios), en uno de sus barcos.

¡Mi sueño hecho realidad! Después de que me alimentaran el ego profesional de aquella forma, tenía decidido que me iba a trabajar al barco aunque fuese de pinche de cocina.

En los múltiples intercambios epistolar-cibernéticos y conversaciones telefónicas que mantuvimos, el susodicho también me confirmó que por mi perfil, por mis estudios (soy uno de los cuatro millones de licenciados en derecho que ha vomitado esta nuestra madre patria) y carácter, tenía planes más ambiciosos para mí. Me iba a hacer jefe de recepción, aunque antes debía conocer a fondo su funcionamiento trabajando durante un tiempo como recepcionista. Me insistió que, sobre todo, debía ser tremendamente discreto a la hora de pregonar a los cuatro vientos los planes de ascensión a la cúpula del poder del barco que tenía reservados para mí.

Según me dijo en plan cómplice, el hecho de ir enchufado, tener una carrera en mi haber (que para lo que me ha servido, igual me hubiera dado tenerla en la media) y de ser algo así como su alter ego a bordo, podría despertar recelos en el resto de compañeros de recepción. Así que, de ahí en adelante, debía mantenerlo en secreto hasta que llegase mi ascensión al trono del Departamento de Atención al Pasajero, y que él ordenaría directamente desde su despacho en las oficinas centrales. A mí, con aquel compadreo jefazo-subordinado se me hizo el culo Pepsi Cola.

Después del prometedor pacto entre caballeros, mi mente empezó a jugarme malas pasadas y comencé a tener visiones traicioneras en las que me transformaba en la nueva “Yuli” de la serie “Vacaciones en el mar” (virolez* excluida), con esa sempiterna sonrisa, esos pasajeros que me adorarían y esas cenas en la mesa del “Capitán Stuvín”....

Muy poco tiempo después me percataría de que cualquier parecido con la realidad iba a ser pura ficción. Pero yo por aquel entonces no tenía ni la más remota idea de lo que el futuro me iba a deparar.

Tal y como acordé con el capo, a los pocos días me contactaron por teléfono los del Departamento de Recursos Humanos para hacerme una especie de entrevista test de esas psicodélicas en versión oral:

* Virolez: el personaje de Yuli en la serie Vacaciones en el mar tenía un ojo en Cuenca y otro en Torremolinos

“-Tienes una cola de veinte pasajeros a cual más furibundo mientras suenan tres teléfonos a la vez y te llama en ese momento tu supervisor para que acudas a la voz de ya. ¿Quién tiene preferencia en ese momento?. - me preguntó la entrevistadora.”

“-Joder, empezamos bien. No he llegado ni a embarcarme y ya doy muestras de tener severas limitaciones intelectuales para este puesto- pensé.”

Pero bueno, al final logré resolver como buenamente pude el entuerto que me había planteado la reclutadora, y respondí al resto de su interrogatorio hasta con cierto gracejo y capacidad resolutive. Y pareció que le gustó a la moza, pero como no pudimos llevar a buen puerto la entrevista por webcam para la que me había emplazado unos días después, me tuve que desplazar hasta Lisboa, ciudad a la que acudiría élla para entrevistar al resto de candidatos para ése y otros puestos a bordo.

Ni corto ni perezoso reservé el alojamiento y cogí un vuelo para Lisboa. Debo mencionar el pequeño detalle de que todo tuve que pagarlo de mi bolsillo, cosa que no me gustó lo más mínimo. Pero como pensé que aquello iba a ser el trampolín a mi nueva vida, pues acabé quemando la maltrecha visa de mil amores.

La entrevista tenía lugar en un hotel del centro de Lisboa. Ingenuo de mí, iba con la idea de que seríamos unos pocos los elegidos para la gloria de trabajar en un barco, pero al llegar a la recepción me topé con un auténtico enjambre humano. Nos metieron en una especie de lata de sardinas en forma de sala de hotel y empezaron a llamarnos uno a uno para entrar en la oficina en la que se encontraba la reclutadora.

Los candidatos que había allí iban destinados a diferentes puestos en alguno de los varios barcos que tenía la compañía: serían los futuros cocineros, camareros, telefonistas o animadores, entre otros. Yo no sé si era por la cara de tragedia que tenía aquella gente o porque me estaba sintiendo un pelín emigrante entrando en Nueva York por la isla de Ellis a principios del siglo XX, pero aquel rollo no me gustó lo más mínimo. Sobre todo, teniendo en cuenta que yo no era un candidato vulgar y corriente, porque venía enchufado de muy arriba y, por tanto, aquéllo no era más que un trámite con los de Recursos Humanos. Vamos, que yo era el elegido para la gloria y que se dejasen de hostias haciéndome perder el tiempo, porque yo ya estaba dentro.

La reclutadora, la misma que me había entrevistado por teléfono, era como “Charlie” de “Los ángeles de Charlie”. Nadie la había visto antes y los que salían de aquella especie de oficina-matadero no decían ni mu, lo que contribuyó a acrecentar durante esas horas de espera el mito de la reclutadora devora candidatos.

Ya llevaba yo mis buenas cinco horas de espera ahí sentado, sin conocer ni a Cristo Redentor, sin entablar conversación con nadie (básicamente la gente me parecía un poco muerma), y cabreado por la espera (habida cuenta de que estaba por encima de aquellos mortales por ser el único español de cuerpo presente y encima enchufado), cuando de repente me mentaron*.

Fue levantarme como un resorte, aproximarme a la oficina-matadero, abrir la puerta y toparme frente a frente con el ser más enorme, robusto y entrado en carnes que había visto en los últimos cinco años, desde que en el noventa y ocho me topé con Demis Roussos paseando por Londres. Y para mayor grandiosidad, Lana (así se llamaba la señora) era de color negro, muy negro, lo que a mis ojos aumentaba todavía más la magnitud de sus carnes.

La moza, así a primera vista, acojonaba. Pero yo le eché valor y me aproximé diciéndole:

–“Hola, soy Miguel, de España, tuvimos una entrevista por teléfono y vengo de parte de Arthur”.

Al darle esta última reseña se le iluminó la cara y le cambió radicalmente el semblante a la buena de Lana. ¡Miel sobre hojuelas! Ni entrevista, ni cuestionario, ni nada de nada. A partir de ahí todo fueron amabilidades, preguntas superficiales y un buen rollo generalizado que para qué.

Pero mi primera sospecha premonitoria sobre las consecuencias de la decisión de embarcarme, vino cuando Lana se me acercó y, cual cura impartiendo la extremaunción, me preguntó apesadumbrada si estaba seguro de lo que iba a hacer. Que cómo un licenciado en derecho y profesional de la comunicación se metía en aquello, teniendo en cuenta además la mierda de sueldo que pagaban. Y yo, sabedor como era de los planes de futuro inmediato que me tenía reservado el Mister, juré y perjuré que había nacido para ser recepcionista.

* Mentaron: llamaron

No sé si la convencí, o si definitivamente Lana pensó que yo era más tonto que hecho de encargo, pero después de aquella cordial entrevista todos los trámites se aceleraron de una forma alucinante.

Así que volví a Barcelona hecho ya todo un Capitán. Hasta tal punto, que en el vuelo de vuelta me dio así como un yuyu y me entraron ganas incluso de cuadrarme ante la azafata, por aquello de la solidaridad entre tripulantes. ¡Que más daba que fueran de tierra, mar o aire. Yo ya era uno de ellos!.

Estaba totalmente extasiado ante lo que iba a ser mi nueva aventura, un giro radical en mi vida profesional para dedicarme a algo que creía que me iba a apasionar. Y además, tenía el palpito de que aquella experiencia me iba a dar la oportunidad de sentir por fin algo que hasta entonces jamás había experimentado. El amor.

La incorporación fue, si no recuerdo mal, al cabo de mes y medio de lo de Lisboa y durante ese tiempo prácticamente todo lo referente a mi trabajo en aquel momento me la traía bastante floja.

Día si y día también hacía despedidas y redespuestas con los amigos. Mi familia estaba casi más eufórica que yo por lo entusiasmado que me veían, y más todavía por la posibilidad de marcarse uno o varios cruceros gratis, que para eso su nene iba a ser el futuro Capitán (pasión de madres, ya se sabe, si por ellas fuera, pasas de botones de un banco a Consejero Delegado en un golpe de CCC).

Quedaban flecos pendientes como lo de desalojar la bombonera-picadero que tenía por piso y que me había costado lo suyo encontrar, arreglar rollos de visado, zanjar alguna que otra deuda y despedidas finales de amigos y familia.

En relación a esto último, mi madre (esa abnegada Mamma napolitana que todo español que se precie suele tener por progenitora), soltó las lágrimas de rigor por su hijo varón que zarpaba hacia mares lejanos y se olvidó por completo de su entusiasmo ante la posibilidad de marcarse unos cruceritos gratis.

No obstante, cuando me despedí de mis padres por última vez, me pispé del detalle de que en su habitación, sobre la mesilla de mi madre, había un catálogo de todos los cruceros que iba a hacer mi barco con algunas de sus fechas e itinerarios sospechosamente subrayados.

Llegó el día y la luz cedió paso a las tinieblas

Y por fin llegó el tan ansiado día. El 10 de marzo de 2003 cogía un vuelo de Barcelona a San Diego, California, que sería la ciudad de embarque. En el avión, yo con mis treinta años recién cumplidos parecía un crío en su primer día de colegio con una mezcla de excitación (“señorita, señorita, que me hago pis encima”), acojone y muchas, muchísimas ganas de empezar la aventura. ¡Alma cándida!

Al llegar a San Diego, la noche previa a incorporarme al barco me alojé en un hotel en la zona de “La Jolla”: bañito en la piscina, cena en el restaurante del hotel (era bufet libre y ya se sabe como funcionamos los españoles en estos sitios. Me faltó llevarme la bolsita de plástico con las sobras y bajar rodando a mi habitación, de lo morado que me puse de comer), y a dormir como un señor, que a la mañana siguiente empezaba lo bueno de verdad.

Me levanté aquella mañana, cogí mis maletones y monté en una furgoneta-lanzadera habilitada por la naviera que me llevó hasta uno de los hangares del puerto donde me descargaron. Allí, mientras esperaba a entrar a bordo, mi miedo y entusiasmo (no sabría describir en qué dosis cada uno) iban en aumento, mientras observaba sentado en la zona de tripulantes a los primeros pasajeros de ese crucero en el que me iba a embarcar.

Durante la espera me hice amiguete de un chaval que se incorporaba también aquel día. Estábamos los dos solos en la zona de tripulantes y yo llevaba casi dos días sin rallarle a nadie con mi verborrea. Así que, después de las presentaciones de rigor, me dediqué a interrogar al muchacho, que tenía toda la pinta de estar experimentado en el arte ese del crucero.

Él llevaba ya varios contratos en el departamento de excursiones, un departamento que poco después comprendí con gran dolor de corazón que era la perita en dulce a la que yo tenía que haber sido destinado, en lugar del infierno de departamento al que estaba a punto de incorporarme. Después de un rato hablando me preguntó donde iba yo, y fue entonces cuando recibí la segunda chungo-señal, tras la de Lana “la majestuosa”, de que aquello no iba a ir bien.

Al decirle, echando pecho, que yo iba para recepción comprobé como se le cambiaba la cara y dulcificaba su tono de voz para utilizar otro mucho más condescendiente, como queriendo decir: “Pringadillo,

no sabes donde te metes, pero que sepas que en mí siempre podrás tener un hombro sobre el que llorar, porque te aseguro que lo vas a necesitar”.

A pesar de esa segunda señal, no me dejé amedrentar por las premoniciones que invadían mi ser y procuré centrarme en el hecho de que yo era el elegido para la gloria. Pero aunque estuve tentado de decirle la verdad sobre mi fulgurante carrera en aquel barco, preferí optar por la discreción. Me costó lo mío, pero mantuve la boca cerrada por si acaso entraban moscas.

Y nos llamaron, a grito pelao, para entrar en el barco.

Hasta ese momento yo no había visto como era ni por fuera y así de sopetón, me topé frente a frente con aquel mega barco que era una especie de monstruo flotante de dimensiones increíbles. Hay que tener en cuenta que yo tenía la imagen de aquellos inolvidables canguros que iban de Barcelona a Génova y que eran como de estar por casa. Pero aquello eran palabras mayores. ¡Estaba jugando en primerísima división!.

Antes de acceder al interior, había una enfermera en la puerta de entrada a la tripulación que se dedicaba a controlar los informes médicos que me habían obligado a traer de España. Y no había contado con el pequeño detalle de que, de entre los varios análisis que me exigieron como requisito sine qua non para trabajar ahí, estaba la prueba de opiáceos.

Y claro, yo nunca fui un gran drogadicto, pero algún porrito que otro había caído un mes antes de embarcar. Y conociendo como se las gastan estos americanos, ya tenía el culo prieto pensando que los puñeteros análisis iban a dar positivo y me iba a tener que quedar sin el trabajo de mis sueños.

Pero tuve suerte y mi cuerpo había eliminado todo rastro de sustancia drogil para cuando me dieron los resultados.

Así que con el expediente médico sin mácula (menos mal que no detectaron el nivel de güiski en sangre), se lo entregué a la enfermera que era rusa y más borde que la madre que la parió. Le echó un ojo con cara de pocos amigos y me dio acceso al interior. Mientras tanto, al colega de excursiones con el que había estado hablando y que iba justo detrás de mí con sus análisis, la enfermera rott weiler no le dejó entrar porque al parecer sus informes eran antiguos. Al final no sé como lo hizo, pero la Petroska le dió paso.

Al llegar al salón principal o Grand Foyer, como lo llamaban ellos sin segundas, creí estar inmerso en una telenovela cara: esos dorados, esos marmóreos, esas columnas varias, aquellos moquetones por doquier. ¡El barco era francamente paca*!

Lo primero que hice antes de visitarlo todo, fue acercarme a lo que a partir de entonces iba a ser mi lugar de trabajo: la recepción.

Saludé a las chicas que allí había con una sonrisa de oreja a oreja, pero pensando para mis adentros: “no os canteéis ni un pelo conmigo, que este pardillo que creéis ver en mí será en breve vuestro jefe”, y pregunté por el despacho de la Directora del Servicio de Atención al Pasajero.

Al entrar en el despacho me recibió una chica un poco más joven que yo, con pinta de ser bastante enrollada y a la que atendí con interés sus breves explicaciones sobre el funcionamiento del departamento, sabedor de que en breves iba a ser yo el que la reemplazara después de su contrato.

Después de ese bis a bis con mi nueva jefa (en adelante Guest Relations Manager o GRM para los amigos), me sacó de nuevo a la recepción para presentarme ya oficialmente a los compañeros que había en aquel momento de guardia, diciéndoles lo siguiente:

- “Aquí tenéis a vuestro nuevo hermano” (huelga decir que aquello me sonó rollo “Hola, soy Juan y soy cleptómano. ¡Te queremos Juan!”). Pero le agradecí el detalle que me hizo sentir ya parte de algo. Tras aquello me invitó recorrer por mi cuenta todo el barco para empezar a familiarizarme con el nuevo hábitat natural.

Y ahí me hallaba yo, cual Paco Martínez Soria llegando a aquel Madrid que para mí era el barco, paseando por todos sus rincones. Mencionar antes que nada, que mis conocimientos de náutica eran más bien pocos o mayormente ninguno. Conceptos importantes a tener en cuenta tales como qué era la proa, la popa, babor o estribor, me eran bastante ajenos.

Aquello era francamente acojonante. Doscientos noventa y cinco metros de eslora y doce plantas con cuatro restaurantes, ocho bares, piscinas exteriores e interiores, jacuzzis, gimnasio, Spa, casinos, salas de juegos y música, pista de paddle y baloncesto, biblioteca, banco, tiendas..... Ese barco era uno de los mejores de la compañía y junto

* Paca: “pa-cagarse y no limpiarse”

con unos cuantos más, formaban la flota de lujo de la naviera, que iba destinada a un público de poderío y categoría (o al menos eso querían creer ellos).

He de comentar que las instalaciones que acabo de enumerar las fui encontrando por ciencia infusa, porque aquello era como el Triángulo de las Bermudas: ni con brújula te aclarabas de dónde estabas. Las instalaciones de aquel pedazo de trasatlántico y su decoración eran una mezcla de estilos Las Vegas, Rococó, Churrigueresco y carrinclón. Un tanto hortera, pero impresionante.

Lo chungo vino cuando más o menos (más menos que más) había visto ya la parte del barco destinada a los pasajeros y me dispuse a entrar en lo que iba ser la zona reservada a la tripulación. Ahí la cosa cambió ostensiblemente.

Abrir una de las puertas que decían “Crew Only” (sólo para tripulantes) y caerme los huevos al suelo de la agonía fue todo uno. Como por arte de magia, las paredes marmóreas, la dulce musiquilla de fondo y el olor a ambientador de los buenos, se transformaron en paredes mondas y lirondas color amarillento hospital, ruido de máquinas y tufillo a comistrajo. En aquel instante de mi vida tuve la tercera de las señales premonitorias: había llegado a ese mundo para sufrir.

Toda la parte reservada exclusivamente para la tripulación era como otro barco, otro plató, otra guerra. Aquello parecía el metro de Tokio en hora punta. La gente iba de un lado para otro, cada uno con un uniforme diferente: carros de maletas por aquí, palets de comida por allí, animadores medio despelotados por el de más allá.... ¡Era como un circo!. Y yo ya iba por la vigésimo cuarta vez que acaba en el mismo pasillo después de dos horas dando vueltas intentando encontrar mi camarote (porque como es bien sabido, los hombres jamás preguntamos a nadie cómo encontrar un lugar. ¡Antes la muerte!).

Después de dar mil vueltas lo encontré y llamé a la puerta con cara de niño bueno acobardado ante la visión del que iba a ser, de entonces en adelante, mi compañero de camarote. De dentro salió un tolimo* que se estaba echando una siesta entre pecho y espalda de agárrate y no te menees. Menos mal que el chaval, belga para más señas, me recibió con una sonrisa que en parte mitigó la visión

* Tolimo: un fío.

de aquel ataúd con profundo olor a humanidad que iba a ser mi morada.

El camarote consistía en dos literas como las de la mili, un armario en el que la Baby Mocosete no hubiera tenido espacio ni para sus pañales y un baño tipo water de avión. Era minúsculo. Tanto, que para poder cambiarte, uno de nosotros tenía que o bien tumbarse en la cama o meterse en el baño. Por supuesto era todo interior y la ventilación venía del aire acondicionado que era también calefacción.

Encontrarme allí, sentado sobre una de las literas (la peor, que para eso había llegado el último), con la visión de mi maletón que ocupaba ya toda la superficie disponible del suelo de aquel ataúd y con mi compañero en la ducha cantando yo que se que hostias en francés, fueron el toque de gracia final para mi ya maltrecho estado de ánimo.

Durante aquel primer día, el belga (un poco petardo el chaval) se dedicó a enseñarme los bajos fondos del barco reservados solo para la tripulación. El comedor de los oficiales (yo aunque chusquero, era oficial), la lavandería, los bares para la tripulación, la sala de juegos, el sastre (que me tomaría medidas de los dos uniformes reglamentarios, el de mañana y el de tarde), además de explicarme las normas básicas del barco y las primeras triquiñuelas.

Después del tour, que duró lo suyo, al acabar ese día era tal la acumulación de emociones y la paja mental que llevaba encima, que decidí tumbarme en la cama para entrar en un estado catatónico. No podía parar de darle cien vueltas a la cabeza sobre si realmente merecía la pena haber dejado mi comfortable vida en Barcelona para vivir lo que vislumbraba que iba a ser la guerra en la que nunca había luchado y en la que iba a derramar mucha sangre.

Cuando me medio acostumbré a los ruidos del barco (no me preguntes cuales eran, porque eran todos), a los ronquidos del belga y a la sensación de estar durmiendo en un ataúd, me quedé frito no sin antes haber puesto el despertador a las siete de la mañana (porque aunque empezaba mi primer día de trabajo a las nueve de la mañana del día siguiente, no era cuestión de que me perdiera de camino a la recepción).

Mencionar que ese primer día a bordo fue también el de embarque de los pasajeros, que empezaba aquella misma mañana y duraba hasta la tarde, cuando el barco zarpaba rumbo a su destino.

Hablando de rumbo, se me olvidaba añadir el factor sorpresa de enterarme aquella mañana que el destino de esos primeros cruceros era Hawai en lugar del Caribe, como a mi me ilusionaba. Pero no podía echar la culpa a la naviera del error en la identificación del rumbo; aquí entoné yo el mea culpa y me autoflagelé por lo inútil que puedo llegar a ser a veces al entender las instrucciones. Soy de los de: “si, si, que me ha quedado todo clarísimo” y luego no tengo ni puta idea de lo que me han dicho.

Este pequeño cambio de rumbo, que en principio no tenía mayor importancia, implicaría unas consecuencias fatales tal y como después relataré.

Bautismo en la retaguardia

Y la mañana siguiente llegó, porque son tan traicioneras ellas que siempre llegan cuando menos te lo esperas. Menos mal que el belga empezaba su turno antes que yo, con lo cual evitamos malabarismos y/o leches para ver quién se duchaba primero y quién se vestía después. Así que, con esa suite toda entera para mí, dediqué un buen rato al acicalamiento personal y a ponerme el primer uniforme de marinerito que había lucido en mi vida (porque mi madre siempre fue muy moderna y se negó en rotundo a vestirme de marinerito el día de la comunión).

La verdad es que estaba de chupa pan y moja: todo yo de blanco impoluto de pies a cabeza. Me dieron ganas incluso de hacerme una foto, pero me dije: “deja, deja, que tienes seis meses para hacértela”.

Una vez vestido, seguí el croquis mental que me había hecho el día anterior para enterarme de cómo llegar a la recepción. Milagrosamente la encontré a la primera, probablemente por su ubicación justo dos plantas más arriba y exactamente sobre nuestro camarote.

De camino hacia allí, me pavoneé al pasar por los pasillos de los pasajeros mientras les obsequiaba con la mejor de mis sonrisas. Ya estaba muy metido en mi papel de marinerito, aunque el pasaje mucho caso no es que me hiciera, porque básicamente estaban más preocupados en descubrir los rincones del barco que en admirar lo monísimo de la muerte que estaba yo con aquel disfraz.

Llegar a la recepción y percatarme de que aquello era la guerra de Vietnam, la de Corea e incluso la nuestra civil todas juntas, fue mi primer recibimiento. No había caído en la cuenta, como después muy bien aprendería, que los momentitos calientes de todo crucero son el día del embarque, el día después y el de desembarque.

La recepción estaba formada por una oficina trasera llena de todo tipo de bártulos, ordenadores, fotocopiadora y una máquina muy rara. Esta oficina conectaba a su vez con un pasillo exterior, de cara al público, de unos siete metros de largo por uno y medio de ancho en el que había cinco ordenadores. Con este breve párrafo, acabo de describir lo que iba a ser mi zulo profesional durante los siguientes seis meses.

Al entrar por aquella puerta trasera mis colegas y futuras subordinadas, estaban currando como jабatas, pero aún así me saludaron y me dieron la bienvenida a ese su selecto club integrado por ocho muchachas de nacionalidad canadiense, china, alemana y filipina, a añadir la belga del relamido de mi colega de habitación.

Yo ahí me sentía como en el primer día de parvulario: limpito, con el uniforme recién estrenado, encoloniado y con esa carita mezcla de pardillín novato y de acojonao de la vida, pero con muy buena predisposición para ponerme manos a la obra.

Otro de los detalles en los que, en mi extrema lerdez*, tampoco había caído era el hecho de que el entrenamiento en las tareas a realizar en aquel trabajo de recepcionista era in situ ("on the spot", como dirían ellos en guiri). Es decir, que básicamente te sacaban a la recepción de cara al público sin tener ni puñetera idea de nada y por tanto debías ir persiguiendo a tus colegas o a tu supervisora para solventar cualquier duda que tuvieras.

La ventaja de esos primeros días es que te ponían una placa dorada en el pecho que decía "aprendiz", y se suponía que solo tenías que observar a la peña y preguntar dudas, que es exactamente lo que empecé a hacer sin parar. Todo yo era una gran duda.

Pero el choque emocional al salir al ruedo con mi placa dorada de Sheriff fue brutal, aunque aprendí rápido que la placa era el salvoconducto para evitar un linchamiento colectivo de los pasajeros hacia mi persona humana.

* Lerdez: estupidez o severa limitación intelectual en estado puro.

Aquello era una marabunta compuesta de gentes con cara de poquísimos amigos, que venían a quejarse de todo y por todo, y a montar los más variados tipos de pollos que uno se pueda llegar a imaginar. ¡Sólo llevaba una hora y ya quería poner pies en polvorosa!

Otro ínfimo detalle con el que no contaba tampoco era que mi inglés, ese inglés que yo creía de Oxford, resultó ser más bien de la parte sur de Vallecas. Y eso no sumaba ventajas a mi favor.

Todo aquel día, además de a desesperarme, me dediqué básicamente a observar a las compañeras y a preguntar o a intentar preguntar. Tenían tal acumulación de trabajo que no podían estar por mí, así que haciendo gala de la mayor de las humildades y el máximo de las cautelas, aprovechaba cuando no había muchos pasajeros para hacer preguntas (cuyas respuestas generalmente tendía a no entender) y a intentar analizar cual de ellas era más enrollada para nombrarla mi mentora.

Aunque en la medida de lo posible procuraba colocarme lo más lejos de la parte del mostrador que daba cara a los pasajeros (y por tanto, justo detrás de mis colegas que estaban en primerísima línea de fuego), en algún que otro momento me quedaba sólo y era entonces cuando una jauría humana se dirigía a mí para que les resolviera sus problemas. Y entonces, ese licenciado en derecho con más de seis años de experiencia en comunicación, ponía cara de gilipollas y señalaba con el índice su placa salvoconducto para que le dejaran vivir.

Generalmente los pasajeros lo entendían rápido y pasaban de seguir preguntando, pero siempre había algún que otro cabrón que pretendía ponerme contra la espada y la pared. Entonces, con una amable sonrisa y cara de primer día de cole me dirigía a la oficina de atrás para llorarle a alguien que aplacara a la fiera que tenía allí fuera. Mientras tanto esperaba unos cinco minutos de rigor a que el pasajero se hubiera marchado para volver a aparecer en escena.

Al volver al ataúd después de aquel terrible primer día, tenía la cabeza como un bombo y estaba tan derrotado que cerré la tapa, me tumbé dentro y quise morir. Y deseé en aquel instante tan duro de mi vida retrotraerme 30 años atrás y volver al vientre de mi madre, en el que tan bien me encontraba y del que no se porqué cojones tuve que salir.

Entre las cualidades de las que creía poder presumir estaba mi capacidad camaleónica de adaptación a nuevas situaciones, ya que

como buen piscis siempre me han tirado mucho las novedades y huyo de la monotonía como alma que lleva el diablo.

Pero es que aquello superaba todas las expectativas que me había hecho sobre lo duro que iba a ser el comienzo. Y en aquel fatídico primer día, vi claramente que la había cagado hasta el fondo embarcándome, y que aquello no era nada para lo que me esperaba.

Pero como había que seguir viviendo, me auto-bronquee por ser tan blandengue cuando sólo llevaba un día a bordo y me aferré a las dos cosas que me hacían albergar esperanzas: mi ascenso profesional y la posibilidad de encontrar el amor.

Los cuatro días siguientes a aquel bautismo recepcionil fueron más de lo mismo, con lo que no cuesta mucho imaginarse cual fue mi estado de ánimo en aquella época.

Generalmente, tal y como me habían comentado, los pasajeros después del primer día de embarque tendían a aplacar su ira y se dedicaban a investigar el barco y sus recovecos, a apuntarse a las setecientas actividades a bordo o a ponerse morados de comer en uno de los miles de bufets.

Pero, para mi desgracia, ese primer crucero con destino a la ciudad de Hilo en la isla de Hawai, suponía cuatro días con sus correspondientes noches de navegación. Y hay una regla matemática en el mundo del crucero; a más días de navegación, más tiempo tienen los pasajeros para conocer a fondo el barco. Y ¿que hacen cuando ya han tocado todos los botones imaginables del camarote, se han perdido por quincuagésima vez, se han puesto hasta el culo de comer, de darle al trinki o de gratinarse al sol?. Pues tocar los huevos a los de recepción.

Además de permanecer de pie cual cariátide romana aferrándome a mi placa de "no me preguntes que no tengo ni puta idea" y de intentar entender algo, me dediqué a analizar el perfil de mis compañeras. Porque para entonces, alguna que otra ya había tenido amagos de sacarme las garras en alguna ocasión.

Las guerreras de primera línea de fuego

Para entender el carácter y el comportamiento de mis compañeras, hay que ponerse en su piel y comprender lo que estaban viviendo, de dónde venían y cual era su objetivo allí. Como he dicho antes, los contratos como recepcionista eran generalmente de seis meses. Lo que significaba que había constantemente recepcionistas empezando sus contratos y acabándolos en función de su fecha de incorporación.

Como el funcionamiento y las normas de los barcos de esta compañía son iguales para toda la flota, cuando acabas tu contrato, y después de tomarte tus cuatro o cinco semanas de descanso (no pagadas, por cierto), te volvían a llamar para incorporarte a ese o a otro de los barcos con diferentes itinerarios.

Esto, aunque parezca tonto, marcaba una diferencia abismal entre los sufridos camaradas de recepción. Los que tenían más de un contrato a sus espaldas (es decir, seis meses de experiencia previa en ese u otro barco), tenían el culo pelado de cómo hacer las cosas, frente a los novatos que, como yo, nos acabamos de incorporar por primera y última vez.

Y hay otra regla matemática aplicable a los tripulantes de cualquier barco: cuantos más contratos llevas a tus espaldas, más quemado estás y más capullo te vuelves. Hay que mencionar, todo sea dicho, que mucha de esa gente que repetía contratos eran de Centro o Sudamérica, Filipinas o países del este de Europa y que con el sueldo que ganaban y las pelus que ahorraban, mantenían a sus familias.

Muchos de estos tripulantes tenían que abandonar a sus familias por necesidad, para poder darles una vida digna. Ellos por lo menos podían comprarles casas cojonudas en sus países y a pedo burra, pero con mi sueldo de recepcionista no hubiera tenido ni para alicatar media pared del baño de un piso en Barcelona.

Por otro lado estaban los y las Robinsones, muchos de ellos solteros y procedentes de diversas partes del mundo, que habían hecho de eso de trabajar en un barco su vida. Se quejaban de la mierda de existencia que llevaban y de lo hartos que estaban de todo, pero en el fondo no podrían volver a una vida en tierra. Son los que yo después definiría como nuestra "reserva de soldados-zombies". Eran un poco como aquellos maquis que siguieron en los montes después de la guerra civil o los veteranos del Vietnam que aún deambulan con

taparrabos por las selvas del sudeste Asiático porque no saben que la guerra ha acabado. La diferencia entre ellos y estos tripulantes es que los nuestros continúan en el fragor de la batalla tras años en el frente y son una fuente inagotable de información contra ese enemigo que es el pasajero.

Ellos se las sabían todas, manejaban los altos y bajos fondos que era un primor y si rascabas un poco en su mala leche aparente, eran peña maja a la que siempre era conveniente tener de tu lado.

También había trepas profesionales, los que después de su primer contrato se movían como peces en el estanque e iban escalando posiciones con el paso de los años. En su camino hacia la gloria, cambiaban progresivamente el semblante dulce del novato del primer contrato por el del avinagramiento facial y conductual que devenía en crónico para cuando habían alcanzado su objetivo profesional. Aquellos serían nuestros futuros mandos.

Y por último estábamos los pardillos-virgenes. Dentro de este grupo diferenciabas: a los que querían hacer carrera y que eran más listos que el hambre, aunque les tocaba pasar como a todo hijo de vecino por una inicial fase de purgatorio, los que probaban y se largaban desquiciados de la vida antes de acabar su contrato, o los que aguantaban como unos valientes (o inconscientes) a acabarlo y se daban el piro-vampiro para no volver nunca más, como fue sin ir más lejos mi caso.

Había otras muchas subcategorías aunque los que más abundaban eran los que he mencionado. Mis compañeras de recepción eran cada una de una punta del mundo y de caracteres muy distintos.

Dos chicas canadienses: Joan y Mary. La primera de Vancouver y la otra de Toronto. Joan era una chica de unos treinta años, pausada, risueña, más maja que las pesetas rubias y con un par de contratos a sus espaldas (aquél sería el último). Fue la peor pareja de fútbolín que he tenido nunca y una excelente compañera.

Mary estaba a punto de acabar su contrato cuando entré en escena, para su desgracia. Ella fue mi mentora durante esos primeros días de agonía al llegar y tenía más paciencia que una santa. La pobre estaba tan saturada de aquel trabajo y tan hasta los ovarios, que en más de una ocasión no podía soportar la tensión de lidiar con un pasajero de esos chungos de verdad y aguantaba estoicamente el chaparrón delante del energúmeno, para luego meterse en la oficina a llorar a

moco tendido. Básicamente ella fue la artífice de mi formación, antes de que me quitaran la placa protectora y saltara al ruedo escénico sin paracaídas para empezar a cagarla a lo grande.

El frente asiático estaba integrado por dos chicas filipinas: una de ellas, muy mona por cierto, cuyo nombre no recuerdo y a la que casi no tuve oportunidad de conocer porque acabó su contrato poco después de mi llegada. Y la otra, de nombre Sheila, que se dedicó en cuerpo y alma a joderme la poca vida que me quedaba. Esta buena moza merece unos párrafos de honor.

La buena de Sheila, de treinta y muchos o cuarenta y pocos (porque como tenía una de esas pieles tersas como la del culo de un bebé, uno no sabía a ciencia cierta si había salido de la pubertad o empezaba la joven madurez), se había liado con un jefecillo de uno de los barcos de un anterior contrato, se quedó embarazada, pasó del jefe y tuvo a la criatura sola. De todo esto me enteré por esa gran radio macuto que era el barco.

La paya empezó bien conmigo, tenía paciencia en explicarme cosas y me dedicaba su tiempo. No quiero ser injusto y debo reconocerle su dedicación y paciencia, porque si la inteligencia se midiera por la rapidez en entender los conceptos, yo estaría rozando lo border. Pero de la noche a la mañana, la tía cambió y se dedicó a putearme a base de bien: me daba instrucciones falsas para que metiese la gamba con los pasajeros, se me lanzaba a la yugular cuando le hacía más de una pregunta por hora, o se chivaba a la jefa sobre cualquier chorrada mía. Estas y otra serie de lindezas del mismo calibre me trajeron por la calle de la amargura durante parte del tiempo que le duró el contrato.

Y aún viendo lo malísima que estaba siendo conmigo, encima le seguía preguntado. Hasta que un día me cansé, la mandé a cagar y nunca más nos dirigimos la palabra hasta que se fue.

El tercer miembro del frente asiático era Bárbara. China nacida en Madagascar y nacionalizada canadiense (ya no se puede ser más exótica). Debo reconocer que con ella me equivoqué. Entre el careto que tenía de pocos amigos y mi mente calenturienta, que me hacía sospechar que entra ella y Sheila conspiraban contra mí, la metí en el mismo saco y la convertí en mi enemiga. Lo que empezó como una acérrima enemistad inicial, acabo convirtiéndose en una entrañable amistad que todavía hoy conservo. ¡Qué buena gente Bárbara!

Del frente Sudamérica llegó Nicole, procedente de Costa Rica, que se incorporó poco después que yo. Una diosa de ébano con un tipazo que te morías, mucha experiencia en el frente y un carácter y genio que para qué. La historia con Nicole fue de bien en peor. Al llegar nos unían el idioma y sentido del humor, pero al cabo de un tiempo, su genio y el mío chocaron y nos pasamos casi tres meses sin dirigirnos la palabra. Pelillos a la mar.....

Por último estaba mi compañero de ataúd y el único otro tío en recepción, de nombre Fransua y belga-gabacho de nacimiento para lo malo y para lo peor. ¿Cómo describiría al muchacho? Era una especie de Tony Manero en "Fiebre del sábado noche" que se nos engalanaba para las fiestas de la tripulación con una camisa negra con chorrerillas incluidas, cadena dorada y mostrando pelo en pecho intentando en vano atraer a alguna incauta hembra a sus redes de conquistador de cuarta regional (mi tía, de la que tanto aprendí, siempre dijo que si me mordiera la lengua me envenenaría).

Para ser justos y a pesar de que su forma de vestir y actuar eran constitutivas de delito, él fue quien me ayudó bastante, tanto en mi aterrizaje como en mi formación recepcionil. Aunque un pelín cholo* el chaval, una vez que le cogías el tino no era mala gente. La clave con él era regalarle los oídos diciéndole que era el más guapo, el más listo y el más mejor de todos.

Observar a este pájaro en la jaula que era la recepción era todo un espectáculo: ese afrancesamiento en el lenguaje, esa jacarandosidad* para con las pasajeras, esas licencias con las abuelas que se derretían ante tanto halago. Era un hacha con el enemigo femenino. Yo intentaba repetir esas mismas maniobras, mimetizándome en él, pero no le llegaba ni a la suela.

Eran de agradecer su educación, modales abaguetados* (hacía reverencias de dos horas de duración a las damiselas) y su disposición a compartir sus cosas, ya que gracias a su ordenador portátil pude escribir más de una crónica a mi peña en España, en las que encima lo ponía a parir. La ingratitud es insaciable.

* Cholo: hortería en la frontera

* Jacarandosidad: exceso de vehemencia tanto en el lenguaje verbal como en el no verbal

* Âbaguetados: afranchutados (su origen etimológico deriva de la barra de pan baguette)

El problema principal entre el franchute y yo era que no podíamos convivir dos gallos en el mismo gallinero.

A lo largo de mi contrato hubo muchos más compañeros que fueron llegando en sustitución de otros y salvo excepciones, todos nos llevamos de puta por que éramos primerizos y estábamos muy poco maleados.

Confirmación en el frente

Y llegó ese fatídico día en el que me quitaron mi placa protectora, el salvoconducto frente a la voracidad del enemigo y tuve que salir del nido para volar por mi cuenta. Era el momento de desvirgarme metafóricamente. Me había hecho un hombre, un guerrero y debía actuar como tal.

Llevaba unos días preparándome chuletas, empollándome el barco de pe a pa e intentando entender el funcionamiento de ese gran enemigo mío que era el capullo del programa de ordenador. Pero por más preparado que fuera, por mucho empolle que llevase encima o por más técnica de relajación que pusiera en práctica, salir a ese gran escenario bélico de la recepción eran palabras mayores.

Mi ventaja era que por aquel entonces (tras una larga semana en el barco) y habiendo recalado ya en un par de puertos del archipiélago de las Hawaii, los pasajeros estaban más calmados y podía practicar con los que se acercaban a recepción, con el objetivo de coger práctica para ese gran momento que sería el desembarque y embarque de nuevos pasajeros.

Entre los múltiples errores que cometí en aquellos días y que aún conservo intactos en mi mente, había uno histórico y recurrente que consistía en dar indicaciones totalmente opuestas sobre en qué planta se encontraban las piscinas, los restaurantes o el bar, con el consiguiente cabreo monumental del pasajero que volvía a recepción para formularme preguntas tipo:

—“¿Me hace usted recorrer el barco para encontrar la piscina con el objetivo de que vea mundo o es que disfruta haciendo que me pierda?”.

Esto no era nada comparado con mis grandes éxitos:

—“Ya no se sirve comida en el bufet” (había comida las veinticuatro horas del día).

–“Puede usted pagar sus consumiciones en el mismo bar” (no se aceptaba dinero en todo el barco).

–“Mañana recalaremos en la isla de Aruba” (a unos cuatro mil kilómetros de distancia de donde estábamos y bañada por el mar Caribe, pelín distante del Pacífico).

O el ya clásico:

–“Tiene Vd. tiempo hasta las nueve de la noche para regresar al barco” (zarpábamos a las seis de la tarde y pasajero que no subía a tiempo, cirio pastoral que se montaba).

Muy pronto empecé a discernir entre lo que eran mis cagadas antológicas (siempre pagaba el pato un pasajero en beneficio del siguiente, al que daba la información correcta), y lo que era el grado de ineptitud humana que llegaban a alcanzar algunos de aquellos mortales:

–“¿Donde está el baño?” (está usted sujetando el pomo de la puerta del mismo, Sra.)

–“¿Se puede bañar en la piscina?” (no señor, las veintitrés personas que hay dentro del agua de la misma son en realidad figurantes de cartón piedra).

Y el consabido:

–“¿Que día hace hoy?” (Si se asoma por uno de los siete ventanales de dos metros cada uno que tiene Vd en frente podrá hacerse una idea. Incluso si es Vd. más atrevido, puede arriesgarse a emprender la aventura de subir los dos tramos de escalera y asomarse a una de las cuarenta y nueve terrazas para poder comprobarlo por Vd mismo).

¡Si es que de verdad, había algunos que como dicen en mi pueblo “no valían ni para escuchar si llueve!”!

Lo bueno y lo malo a la vez de trabajar en la recepción era que a lo largo de un día te podían formular la misma pregunta unas dos mil setecientas veces. Lo cual estaba bien, porque en mi caso y en los primeros días, cuando ya me habían hecho la pregunta durante toda la jornada, acababa haciéndome una remota idea de cual era la respuesta correcta (aunque a veces flaqueaba y cometía algún que otro error).

Lo más terrible de todo era, sin lugar a dudas, el tema de tener que lidiar con absolutamente todos los problemas que estaban relacionados con cualquier aspecto del barco, hasta aquellos generados con

anterioridad a haber embarcado. Los marrones se retrotraían incluso a las meteduras de pata de los agentes de viajes y cuya responsabilidad, sin tener nada que ver con ello, recaía también en nosotros.

De todos modos, yo por aquel entonces y siendo el primero de los cruceros que hacía, estaba entrenándome con las preguntas chorras y de rápida solución, a las que hasta me hacía ilusión responder. Me sentía como útil, después de haber pasado mi aprendizaje con L.

Pero lo peor estaba por llegar, el desembarque y embarque estaban más al acecho de lo que yo esperaba y me faltaba muy poco para vivirlo en mis propias carnes. No obstante, como Dios aprieta pero no ahoga, antes de vivir el primer drama, en uno de mis desembarques para pisar tierra firme ocurrió algo muy especial, que llevaba intuyendo que pasaría desde que tomé la decisión de trabajar en un barco.

El julandrero en la guerra

Lo bueno que tiene lo de ser camarero de las palabras es que puedes revivir momentos de la vida como si fuera la primera vez. Por eso hace ilusión salir del armario por escrito y ponerme cursilón relatando la primera vez que me hirió Cupido con su flecha.

En aquel primer crucero que hice tuve la oportunidad de deleitarme con una salida a uno de los pueblos costeros más agradables que visité: Lahaina en la isla de Maui. Durante aquellos primeros días a bordo, un par de chicos que se habían apiadado de mi alma al ver la situación de desesperación en la que me encontraba, me propusieron pasar el día con ellos en la playa.

En una de esas puñeteras colas para coger las lanchas que nos llevarían a puerto, se puso detrás de mí un muchacho al que yo le había puesto el ojo un par de días atrás. Se llamaba Jorge y era un colombiano de veinticuatro años, con una cara un tanto achinada, mucho ángel y aspecto como de niño responsable y de fiar. Era el médico del barco.

Después de que nos hubiéramos cruzado una de esas miradas que solemos entender los que entendemos, le invité a que se uniera a nosotros para pasar el día en la playa.

Pero por pura casualidad de la vida, perdimos a los otros dos amigos por el camino sin siquiera haberlo maquinado. Fue totalmente

causal, porque por aquel entonces no tenía el cuerpo para tácticas de despiste que encima implicasen la pérdida de los dos únicos amigos que había hecho a bordo.

Pasamos toda la jornada juntos, tomando el sol, bañándonos y buceando, pero ninguno de los dos comentó absolutamente nada, aunque todos mis indicadores me marcaban que él también cojeaba de la misma pata que yo.

Y el caso es que, conforme iban pasando aquellas estupendas horas en la playa junto a él, me iba atrayendo cada vez más. A pesar de ser tan joven (tampoco es que yo me conservase en formol porque sólo le pasaba seis años), era muy maduro y podías mantener largas conversaciones con él sobre cualquier tema.

Era sorprendente observar como cogía magistralmente las riendas de la conversación, mientras me hacía creer que yo llevaba la batuta. Cadenciaba sus intervenciones y medía los silencios con absoluta maestría.

Regresamos al barco y ya al anochecer salimos a la terraza del helipuerto. Y entonces pensé para mis adentros, después de madurarlo un buen rato, que le iba a decir lo que nunca en mi vida había dicho a nadie antes: “me gustas”. Como un valiente.

Y lo hice..... Y se hizo el silencio..... Y pensé:

–“La has cagado, el tío no es gay”.

Ante la desesperante falta de reacción por su parte, me giré todo digno y le dije que nos fuéramos por patas de ahí.

Sin haberme dicho todavía una sola palabra, salimos juntos y recorrimos el camino de vuelta a los camarotes. Durante ese trayecto perdí el resto de la escasa dignidad que me quedaba y en lugar de seguir su juego de silencios, me puse a balbucear auténticas paridas sobre la moqueta del suelo del pasillo o sobre el frío que hacía. Estábamos a treinta y dos grados.

Y al despedirme, devastado ante el fracaso obtenido e intentando fingir que no había pasado nada, él se dirigió a mí:

–“Ven conmigo”

Si es que no hay nada como haber estudiado una carrera de ciencias. Con un solo “ven”, me dijo todo lo que quería decirme, mientras que yo le hubiese leído las páginas amarillas para acabar diciéndole lo mismo.

Aquel “ven” marcó el principio de nuestra relación y el final de mi cierre emocional.

A pesar del durísimo inicio de aquella experiencia profesional y vital, solamente por vivir lo fantástico de sentirse enamorado por primera vez, mereció la pena con creces el haber tomado la decisión de embarcarme.

Pero aunque estaba inoculado con el virus del amor, desgraciadamente llegó el primer desembarque en Honolulu y con él mi primer intento de hacerme el Harakiri. Aunque se quedó en eso, en intento, porque un soldado enamorado con alma de emperador no abandona nunca a sus ejércitos.

En el fragor de la batalla

La tarde anterior al desembarque, todos los pasajeros recibían una factura con el importe de lo que se habían gastado durante su crucero: esas margaritas en la tumbona de la piscina, esos dispendios en el “duty free”, esas cenas a la luz de las velas en el restaurante de postín... Todo estaba incluido en el precio del crucero salvo lo que más coskis hacía: llamadas a tierra (a un huevo y la yema del otro al ser vía satélite), alcoholes, compras, cenas en ese restaurante, canguro en la habitación o profesor de golf particular, entre otros lujillos.

Y había gente en aquel mundo flotante que tenía esa extraña creencia de que, como no pagaban con dinero porque a bordo se pagaba con la misma tarjeta con la que abrían la puerta de la habitación, pues que esa tarjeta era mágica. Que era como de Monopoly, nada serio vamos. ¿Como se iban a imaginar aquellos angelitos que esa tarjeta mágica era la prima hermana de sus tarjetas de crédito?

La misma tarde anterior al desembarque cada pasajero recibía un sobre con seis etiquetas, todas del mismo color, que debían atar a cada una de sus maletas y colocarlas fuera de sus habitaciones para que los mozos las recogieran y enviaran donde procediera: al hangar donde les esperarían a su salida del barco, a ser facturadas en el avión directamente, al autobús para el cutre que lo cogiera.....Así hasta un mogollón de diferentes combinaciones posibles en función de lo que hubiera solicitado cada pasajero.

Y además, ese sobre contenía una carta escrita al estilo Barrio Sésamo en la que se les informaba que el color de las tarjetas correspondía con la hora y lugar de desembarque asignado a cada uno. Y esa logística tenía el sentido de evitar que se arremolinasen todos al mismo tiempo y desde el mismo sitio al desembarcar.

Pues bien, además de la carta explicativa con toda esta gran tesis doctoral sobre el desembarque, se invitaba a todos los pasajeros a una charla (impartida en todos los idiomas y dialectos imaginables) en el teatro del barco, para repetirles exactamente lo que decía la carta. Y por si esto fuera poco, en el circuito cerrado de televisión (cada camarote tenía su tv y el primer canal que se conectaba por defecto era el del barco), se retransmitía en un bucle sinfín la misma charla del teatro. Y esto sin tener en cuenta que en cada agencia de viajes se les explicaba también este tema al comprar sus pasajes.

¡No había nada que hacer!. Siempre había una parte que no lo pillaba y que solía ser la misma que creía que la tarjeta de su habitación era como la del Monopoly. Las consecuencias para Guest Frustrations, (nombre con el que rebauticé a recepción), eran colas kilométricas de pasajeros que querían el mismo color de tarjetas que el de los amiguitos que habían hecho o que querían cambiarlas por otras que les parecían más a conjunto con su equipaje.

Y el ingente problema para nosotros era que, para cada desembarque había que hacer un listado en formato excel incluyendo todos los más de dos mil quinientos pasajeros y cuadrarlo con los más de treinta tipos distintos de colores para coordinarlo a su vez con los mozos encargados de transportar las maletas, así como con la gente del puerto encargada de la logística de distribución de las mismas.

Era tal la marabunta que venía a recepción para pedir cambios en sus tarjetas (algunos, los mínimos, justificados), que aquel primer día de desembarque sentí ganas de cargarme a alguien, al que fuera, sin importar edad ni sexo. No obstante, esto no era nada comparado con el tema de las facturas.

Cuando los líos con las tarjetas no habían hecho más que empezar, la noche previa al desembarque la marabunta volvía a rugir por disconformidad con los gastos que se les había cargado en su cuenta. En alguna que otra ocasión se cargaban por error gastos que el pasajero no había hecho y que por consiguiente venía a reclamar.

Y en esos casos, al pringao que le tocaba, se lo rectificábamos rápidamente.

Pero la mayor parte de las veces te venían a recepción a tocarte los huevos vilmente:

–“Oiga, que el primer día de crucero me tomé una piña colada en lugar del Martini seco que me han cobrado” (el reclamante venía con listado de precios, aportando la prueba de la considerable diferencia de menos de dos céntimos de dólar entre una bebida y otra).

–“Oye que yo esta cerveza no me la tomé nunca” (¿como cojones te vas a acordar que de entre las ochenta y nueve cervezas que te metiste en ese tripotón, esa y exactamente esa, resulta que no te la tomaste?).

○ el ya clásico de la mujer que reclamaba el cobro de los ciento veinte dólares en llamadas que nunca había hecho, y su marido, en un considerado intento de calmar a la fiera de su esposa, la convencía de que volviera al camarote para resolver él personalmente aquel problema. Y procedía a pagar la factura sin decir ni esta boca es mía porque la pilingui de su amante había sido la destinataria de las llamadas.

Todo esto que aquí resumo en unos párrafos era una batalla de horas sin cuartel, un no parar de ir y venir gente, un vivir sin vivir en ti. Los caretos de los pasajeros reclamando justicia y venganza, las doscientas veintitrés mil llamadas que tenías que hacer a los responsables de cada área (al Bar Manager, Restaurant Manager, Spa Manager y demás Managers para resolver cada cuenta-misterio) y eso sin contar las reclamaciones no presenciales vía teléfono, el goteo constante y al mismo tiempo de preguntas tipo:

–“¿Dónde está el baño?”, –“he perdido a mi hija”-, –“me han robado la toalla de la tumbona”-, –“no me ha gustado la comida de hoy”-, –“mi marido ronca”- o –“no soporto a mi mujer”- porque efectivamente, también ejercíamos de gabinete psicológico.

Tener las tablas suficientes para enfrentarte a aquellos marrones de forma satisfactoria para el pasajero y para tu propia integridad física y salud mental y espiritual, requería un mínimo de dos meses de experiencia. Yo acababa de llegar, como aquel que dice.

Pasados ya los nubarrones del desembarque, me quedaba la fascinante experiencia de mi primer embarque. Eso de entrar a trabajar a las siete de la mañana y ver como desfilaban ante ti las cabezas de

esos pasajeros que abandonaban el barco después de días de orgías y bacanales alimenticias, jacuzzis al baño maría, parrillas corporales a last vuelta y vuelta, orgías de compras y descargue de adrenalina contra nosotros.....era una experiencia reconfortante.

Era todo un poema vernos saludarles girando la mano estilo Reina Madre y sonrisa forzada en boca. No reproduciré aquí por obsceno lo que pasaba por nuestras mentes y lo que nuestros labios delatores dejaban entreleer para quién tuviera esa habilidad.

Una vez todos fuera, durante unas breves horas (el tiempo que el barco tardaba en acicalarse para los que embarcaban de nuevo), sólo se escuchaba el silencio, ese fantástico y delicioso silencio.

En ese tiempo te entregabas al "dolce fare niente" en la recepción, porque era algo paranormal ver aquella gran sala completamente vacía. Pero al cabo de un rato de acostumbrarte a la dulce sensación de relax, paz y maravillosa insonoridad, ocurría un fenómeno psicológico perfectamente descrito en los manuales: el síndrome de Estocolmo.

Empezabas a sentir un yuyu en tus adentros, unas ganas de lucha y un deseo de sacar el jaguar que llevabas dentro. Increíble pero cierto, queríamos que llegaran los nuevos pasajeros, esos mismos que por un lado nos daban el pan de cada día y por el otro nos quitaban días de vida. Estaba claro, no podía haber guerra sin dos bandos, no podías vivir con ellos pero tampoco sin ellos.

A eso de las diez empezaban a llegar las primeras tropas, de forma racheada pero inexorable. Al principio era una goteo, un sirimiri de pasajeros la mayor parte de ellos inofensivos, pero poco a poco aquello se iba convirtiendo en un chapapote, una gran mancha que tendía a crecer y crecer frente a nosotros. Y la mancha, la gran mancha negra se hacía voz. Y la voz se hacía queja.

A mí no dejaba de maravillarme esa predisposición al mal rollo y al puteo indiscriminado contra todo y contra todos que tenían muchos de aquellos pasajeros, que aún estando a punto de disfrutar de un tipo de vacaciones en las que se lo iban a dar todo hecho y en el que cualquier necesidad (absolutamente cualquiera) estaba pensada por y para su disfrute, siempre iban a encontrar una razón para quejarse y por consiguiente para jodernos la vida a los recepcionistas.

Y esa mancha negra empezaba con sus reclamaciones. La mayor parte de las que paso a relatar no las viví en aquel primer desembarque, porque no tenía la perrería que después cogí muchas semanas

después. Pero quienes si las vivieron entonces fueron mis compañeros más experimentados, a los que después recogí el testigo para vivirlas exactamente iguales, con la misma amargura, unos meses después:

–“La habitación es pequeña y mi agente de viajes me prometió una suite” (si hubiéramos pillado a los agentes de viajes en aquel instante los hubiésemos lapidado).

–“Estoy seguro de que han perdido mis maletas” (este era un clásico de la parapsicología como el de “en ocasiones veo muertos”, porque esto lo comentaban nada más embarcar y cuando ni un solo pasajero del barco las había recibido todavía).

–“Mi habitación huele a humo y yo soy alérgica al tabaco” (el tema de las alergias al tabaco era el segundo de los grandes clásicos, porque por extraño que parezca y a pesar de que todas las habitaciones eran sometidas a un exhaustivo proceso de limpieza de humos, algunos de estos pasajeros se sentían morir ante el atisbo de olor de lo que en su día pudo haber sido remotamente el hedor de una colilla apagada en el cenicero de la terraza al aire libre del camarote).

○ el consabido cambio de habitaciones-farol de algún que otro chusquero con aquello de:

–“Demando y exijo un upgrade “ (que viene a ser un cambio a una habitación de rango superior y que requería ser apuntado en una lista de espera en función de la disponibilidad de habitaciones por crucero, y de la gravedad de la queja o lo tocacojones que pudiese llegar a ser el cabrón del pasajero).

Lo mejor en este caso era estudiar el perfil del reclamante-farolero, consultar la posibilidad de cambio con tu superior, confirmar la misma y darte el gusto de escupirle a la cara lo siguiente:

–“Ningún problema Sr. Klein, he logrado conseguirle una habitación estupenda que estoy seguro que será de su agrado. Cuando mejor le venga puede pasarse por recepción para que proceda a hacer el cambio. Ordenaré a los mozos que trasladen su equipaje y le cobraré en su tarjeta de crédito los mil doscientos dólares que cuesta su nuevo camarote”.

Y regodearte con su respuesta:

–“Bueno, eh, este, ummmmm, casi va a ser que esta habitación no está tan mal como yo creía. Me quedo”.

Y colgaban. Y te frotabas las manos sintiéndote perversamente feliz.

Tácticas y arsenal armamentístico

Poco a poco, pero que muy poco a poco, superado ya el primer embarque-desembarque, fueron pasando los días y con ellos los primeros cruceros y mis primeros dos meses de internamiento.

A pesar de estar viviendo la pesadilla real más terrorífica que jamás pude llegar a imaginar, también es cierto que el sueño de compartir mis penas y alegrías se había hecho realidad con Jorge, mi primer amorcillo.

Jorge era completamente diferente al resto de los mortales tripulantes que estábamos hacinados en aquel barco de lujo. Formado en EEUU y de familia colombiana, fue un niño precoz que se sacó la carrera de medicina en un suspiro.

Su físico era el de un chaval de la edad que tenía, pero su actitud, su saber estar, su aplomo y dominio de la retórica eran admirables. No hay que olvidar que era uno de los dos médicos a bordo (hacia mi tercer mes de contrato fuimos ascendidos a médico senior) de un pasaje formado por más de dos mil quinientas personas.

Jorge tenía la destreza de poner firme a cualquier pasajero que se pasase de la raya al acudir a su consulta a bordo y de ganarse a la vez el respeto y admiración de la comandancia.

No sé como decirlo, pero en él confluían ese ángel del púber disfrazado de médico, con el profesional ambicioso que sabía moverse como nadie en las altísimas esferas del politiqueo náutico. Y precisamente esa combinación querubín-diablo, unido a su físico y cadencia caribeñas, hacían que me derritiera por sus huesos.

Era reconfortante saber que contaba con un hombro sobre el que llorar y con su extraordinaria capacidad oratoria para retar a la mía. Un alter ego con el que compartir alegrías y tragedias (más estas últimas que las primeras) y un ser humano en quien depositar toda esa capacidad afectiva que hasta entonces había estado aletargada.

Lo más curioso era que siempre pensé que acabaría con alguien mucho mayor que yo y sin embargo ahí estaba él, con seis años menos, reconfortándome por lo que estaba sufriendo.

Nuestras salidas a diferentes puertos, nuestras cenas en su camarote (porque lo suyo más que camarote era una gran suite), nuestras larguísimas charlas hablando de lo divino y de lo humano, eran el paraíso al que evadirme de la tortura que padecía en la recepción.

No obstante, a pesar de lo pastoso del relato que acabo de hacer, en aquel ecuador de nuestra relación había un tema sangrante y pendiente de resolver que era el hecho de su salida pública del armario.

Jorge, a pesar de que en tierra firme había acumulado más tablas que Elton John, en el barco y por la posición que ostentaba (ser doctor allí era como una especie de Ministro de Sanidad aquí), intentaba jugar al despiste. Pero yo ya tenía suficiente con la presión de la recepción como para encima aguantar chorradas y habladurías varias que me la traían al fresco. Así que poco a poco fui ganando terreno hasta convertirme en una nueva figura a bordo: el médico consorte del barco.

Volviendo al tema de mi trabajo en la recepción, lo absolutamente sorprendente era que no avanzaba ni patrás ni palante. En lugar de ir ganando en experiencia y soltura con el paso del tiempo como suele ser normal, iba aprendiendo a digerir las cagadas cometidas con sus respectivas broncas por parte de la GRM y a asumir como un campeón que las volvería a hacer.

Aparte de lo amargante que ya de por sí era enfrentarte al lado más oscuro del pasajero, estaba lo no menos jodido de intentar controlar la metodología administrativa de la recepción, el lenguaje técnico que se usaba, las normas y jerarquía del barco o la duración esclavizante de la jornada laboral. Y todo mientras intentabas tener algo de vida personal en las escasas horas que te quedaban libres.

Nunca en los años de mi vida me había topado con un trabajo como ese, que una vez que le había cogido más o menos el tino volvía a meter la gamba hasta el fondo. Llegué a pensar al principio que para qué trabajaba si total, mayormente más que trabajar estorbaba.

Al cabo de un tiempo me di cuenta de que aquel curro exigía dos de las cualidades de las que no me puedo jactar: absoluta atención y dotes malabarísticas.

Esto lo digo porque una de las políticas de la naviera para la recepción, era que teníamos que resolver (o al menos dejar encauzada) cualquier queja de cualquier pasajero, sobre cualquier problema (o chorrada) en un plazo máximo de treinta minutos. Es lo que llamaban ellos, así como muy científicamente el “thirty minute response policy” (que siempre queda mejor en inglés). Y claro, esto, que en teoría estaba muy bien, cuando lo llevabas a la práctica te enfrentabas a algún que otro problemilla derivado de su implementación.

¿Como coño iba a responder en treinta minutos, si mientras atendía a un pasajero que se me estaba quejando por quinta vez de que oía ruidos, el otro me venía por tercera vez porque había perdido la llave, mientras una abuela descocada me decía que su bikini había desteñido con el cloro de la piscina y su nieta que se habían acabado las galletas del bufete?. Y todo mientras sonaban tres teléfonos a la vez y yo intentaba tranquilizar a una pareja de recién casados que tras tres días de crucero seguía sin recibir sus maletas. ¡Una locura!

Pues aunque parezca mentira, era posible cumplir con aquella política de los treinta minutos. Sólo que para cuando ya habías cogido un poco el tino, se te había acabado el contrato.

Otro de los problemas lo generaba el hecho de que como funcionábamos por turnos, si al acabar su turno a tu compañera no le había dado tiempo de resolver una queja que había estado gestionando, te pasaba el marrón como una campeona. Eso, o lo colgaba en una especie de tablón de marrones electrónico, que se suponía debía leer el turno siguiente para retomar el brownie* y resolverlo. Pero claro, eso sólo se suponía.

Y de ahí venía una fuente importante de broncas, cuando un cliente se acercaba por octava vez con un cabreo monumental después de haber hablado con cinco personas sin obtener solución alguna. Esto solía pasar a menudo y era una de las pocas veces en las que te ponías en la piel del enemigo y sin ánimo de ser un traidor a la causa anti-pasajil, lo entendías. Estaba claro que debíamos mejorar nuestras estrategias de guerra.

En relación a las herramientas y maquinarias varias de las que disponíamos para ejercer nuestro bonito trabajo, había dos de ellas que me trajeron por la calle de la amargura durante bastante tiempo. Entre ellas no incluyo el ordenador y su fiel amigo el cabrón del programa informático, con el que llegué a un pacto mutuo de no agresión.

La primera máquina era una pantalla táctil, en la que cobrabas cosas tales como los albornoces (de aquellos pasajeros honrados, que en lugar de cholarlos* optaban por pagarlos), toallas, jarrones, chocolates.....en fin, igualito que el merchandising de cualquier parque

* brownie: deriva del pastel de chocolate con el mismo nombre y es sinónimo de gran marrón

* Cholarlos: robarlos

temático. Pues bien, esa maquina me cayó bien desde el principio y casi la tomé por una Game Boy. El problema era que al ser táctil e hipersensible a los dedos, solía hacer que cargara veintidós albornos en lugar de dos, treinta y tres toallas en lugar de tres, o añadir a los once jarrones, cincuenta y cinco cajas de bombones, para facturarlo directamente a la tarjeta de crédito del pasajero. ¡Gran tragedia!

La segunda máquina infernal era la que de verdad me hizo la vida imposible hasta bien entrado el tercer mes de contrato. Esa máquina no era otra que la de hacer tarjetas-llave automáticamente y para cuyo dominio de su técnica debías pasar un master del Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Los días de embarque, te encontrabas con familias enteras de entre ocho y dieciocho miembros que querían hacer cambios de habitaciones con sus correspondientes dieciocho alineaciones matemáticas: los Smith se cambiaban a la 221, pero su hijo pasaba a la 113, los abuelos de los Svenson (consuegros de los anteriores) iban de la 325 a la 356, pero el nieto emigraba a la 274 mientras que la nuera de los Smith prefería dormir con su cuñada en la 429, aunque al enterarse que roncaba, cambiaba de opinión y se trasladaba a la 547 con la prima coja de los Wisconsin (contraparientes de los Svenson). Y así hasta el infinito.

Creo que desde la muerte de Chanquete nunca lo había pasado tan mal cuando me tocaba enfrentarme a esa pérfida máquina en un día de embarque con cambios como los anteriores, que eran algo de lo más normal. Mientras parte de mis compañeros atendían las colas y colas de pasajeros sedientos de nuestra sangre, los demás hacían una cola interna ante la única máquina de hacer tarjetas que teníamos, esperando impacientes a que yo terminase, mientras a mí me caían gotones de sudor porque se me había hecho la picha un lío y ya no sabía quién era quién, quién quería el cambio y a dónde o quién era yo.

Aparte de estos momentos de agonía, la máquina proporcionaba otros más llevaderos, como las quince veces que podía venir un pasajero a recepción porque su tarjeta no le abría la puerta o no se la aceptaban para pagar los extras. A cada pasajero que entraba a bordo se le hacía una foto en el control de seguridad que a su vez iba ligado a la tarjeta y ésta a la de crédito. Pero el contacto con cualquier banda magnética la inutilizaba.

Por otro lado, la pérdida de la llave implicaba un potencial agujero negro en la visa de cualquiera si no lo reportaba de inmediato a recepción. Pero bueno, a mi que la perdiesen y se les olvidara venir a que se la desactivara....pues pa que mentir, tampoco me quitaba el sueño.

Jerarquía y códigos militares

Merece la pena relatar, en un capítulo aparte, cómo era la vida a bordo de los sufridos tripulantes fuera del horario de trabajo y cual era la jerarquía y las normas a seguir.

En total éramos alrededor de más de mil tripulantes de todas las nacionalidades habidas y por haber, aunque cundían más unas que otras dependiendo del departamento del que se tratara. La seguridad era el feudo israelí y filipino, las cocinas pertenecían a los asiáticos y centro y sudamericanos, los restaurantes eran territorio de la Europa del Este, las salas de máquinas a saber, el hospital era el feudo colombiano de mi mata-sanos.....y así hasta completar el resto de departamentos.

Pero había una nacionalidad que acaparaba la mayor parte de los puestos directivos dentro del barco. O sea la flor y nata de la aristocracia local. Esa nacionalidad era la griega.

Yo no es que hubiera tenido precisamente una aproximación previa a lo que es la cultura griega, aparte de una visita que hice en mis años mozos por las islas griegas con parada en Atenas. Así que aquél fue mi primer encuentro con el mundo griego.

¿Cómo describir a los griegos de aquel barco?. Había dos cosas curiosas de aquellas gentes: la primera era esa tendencia natural tan suya de dar la impresión de estar siempre cabreados, como con una mala leche crónica y de difícil curación. Tenían la misma actitud de algunos de los mecánicos de nuestros talleres patrios o la de nuestros albañiles y su sempiterna sonrisa o predisposición a la amabilidad. La segunda curiosidad, ya más truculenta en función del gusto de cada uno, era que las mujeres griegas allí presentes eran, salvo honrosas excepciones, unos auténticos cayos malayos*, mientras que

* Cayos malayos: feas de cojones.

ellos exceptuando algún que otro Adonis, pasaban el examen con un aprobado justillo.

Los griegos eran algo así como la cúpula suprema del poder a bordo, acaparando puestos como el de Capitán, Ingeniero Jefe (segundo de a bordo después del Capitán), el Capitán de Personal (tercero a bordo), el Director del Hotel (responsable máximo de los servicios al pasajero y por tanto mi mayor jefe después del capitán) o el Jefe de Restauración. Por debajo, sus inmediatos subordinados eran también griegos: el jefe de las camareras de camarote o los jefecillos de las salas de máquinas, por mencionar algunos.

El hecho de que fueran europeos y mediterráneos como yo, me acercaba a ellos de una forma que a otras de las culturas allí presentes les resultaba difícil de entender: esos gritos, esas gesticulaciones con cabeza, manos, piernas, boca y todo coreografiado y al mismo tiempo, esa tendencia a la improvisación y ese culto a nuestra Diosa siesta.

El problema era que al acaparar todo el poder dentro del barco, generaban miedo en otras nacionalidades subyugadas al poder griego (nuestras tropas de asiáticos y centroamericanos estaban apollardaos* frente al greek power), y suspicacias en otras nacionalidades norteñas que aspiraban a alcanzar mayores cotas de poder.

La clave con alguno de los griegos era no doblegarse, gestualmente hablando, ante ellos. ¿Que ponían los brazos en jarra y levantaban el mentón para hablar?. Tú más. ¿Que alzaban el tono de voz modulándola a la vez para conseguir tonos más graves y generar pánico ultratumba?. Yo me transformaba en el combinado Al Pacino-Darth Vader. Y funcionaba oye. De esta forma sabían que, aunque jerárquicamente no era uno de ellos, de cuerpo y espíritu sí, y por tanto mucho ojo con cantearse conmigo.

La verdad sea dicha, una vez que les cogías el tino eran muy buena gente, salvo algún que otro cabrón, que el cabroncismo no entiende de nacionalidades. Guardo un recuerdo memorable de Stavros, Makis o Helena.

Como en toda micro sociedad que se precie (y aquello lo era en toda regla), había clases y estamentos. El primero de ellos el de los griegos, que eran todos oficiales de mayor o menor graduación. Entre

* Apollardaos: acojonaos de sus vidas

este grupo de oficiales no griegos estábamos nosotros, los de Guest Frustrations.

En el siguiente escalafón estaban los llamados Staff. Con estos la cosa se complicaba un poco más, porque aunque no disfrutaban de algunos de los privilegios de los oficiales, algunos de ellos vivían como auténticos Maharajás.

El Staff lo integraban los cantantes, bailarines, artistas, azafatas, técnicos de sonido y luces o los que trabajaban en el departamento de excursiones o en las tiendas, entre otros. Bajo las órdenes de casi todos ellos estaba el personaje que mejor se lo había montado de todo el barco (a excepción del capitán, ese ser invisible que por pegar un par de golpes de timón se llevaba una pasta gansa al mes), que era el Director del Crucero.

Este personaje era el que presentaba las actuaciones en el teatro del barco y el que soltaba las charlas sobre el embarque y desembarque. Muy poca cosa más debía hacer, pero por todo eso, se rumoreaba en radio macuto que se levantaba la friolera del millón de dólares al año.

Y por último estaban los sufridos Crew, que venían a ser como los parias del barco, formado por los camareros, cocineros, personal de limpieza y mantenimiento....Muchos de ellos vivían hacinados en los bajos fondos y en ataúdes tipo el mío pero para tres o cuatro. Casi todos cobraban un salario base mínimo, porque el grosor de sus ingresos provenía de las propinas (ojo con los camareros, que si se enrollaban bien con las mesas que les tocaban podían levantarse al mes más de medio kg).

Mi posición social allí era un tanto ambigua. Si bien mi status era el de oficial raso (el equivalente a la clase media-media más media), el emparentar con las fuerzas vivas del poder médico me confería un rango superior al que realmente tenía.

Jorge, sin embargo, pertenecía a la aristocracia a bordo. Gozaba del respeto de los miembros de la casta griega y de los Staff, pero sobre todo de la idolatría de los descamisados o Crew, que veían en él a un pequeño Dios que tanto paliaba sus catarros o diarreas, como les auxiliaba en temas de mayor enjundia relacionados con el parasitaje de bichos raros en sus partes púdicas (las ladillas no hacían ascos a ninguna clase social)

De cualquier forma, Jorge era consciente de que si bien los

pasajeros eran una importantísima fuente de ingresos para su ya de por sí abultada cuenta corriente (cobraba un fijo de escándalo y jugosas comisiones por cada consulta), podían también ser una fuente de auténticos quebraderos de cabeza, por lo aficionados que eran algunos de aquellos listillos a las demandas judiciales.

Los tripulantes eran para él algo así como una de las tres P* que tan bien conocen nuestros profesionales liberales españoles, porque de ellos no cobraba ni un duro por consulta y a cambio tendían a darle la brasa sobre sus problemas de salud en los lugares más inapropiados cuando no estaba de guardia.

Aunque Jorge estaba a años luz de mí tanto en status como en calidad de vida, también estaba sometido a los mismos beneficios y restricciones que teníamos el resto de los oficiales.

Entre los privilegios de los que gozábamos estaban, por ejemplo, disfrutar de bar y restaurante propios, desde el que podíamos pedir a uno de nuestros camareros crew (previo pago de un dólar que algún sinvergüenza no les daba) que nos bajasen, del mismo menú de los pasajeros, el plato de nuestro agrado. Al final acababas con el riñón jodido de tanta langosta y solomillo.

Además, teníamos acceso a las zonas comunes de los pasajeros al acabar nuestra jornada, pudiendo consumir bebidas alcohólicas en cualquiera de los bares y a un precio reducido (este punto era uno de los pocos motivos por los que merecía la pena seguir viviendo en el infierno flotante). Este privilegio también lo compartían los Staff, pero no los Crew, para los que el acceso a esta zona se limitaba sola y exclusivamente al ejercicio de sus labores profesionales. Así que había que hacerse una idea de lo chungo que era para ellos restringir su área de movimiento dentro del barco a las zonas selváticas reservadas a la tripulación.

Jorge y yo, tanto solos como acompañados, vivimos infinidad de momentos estupendos en algunos de los muchos bares a bordo. Cuando acabábamos nuestra jornada laboral y en función de las heridas de guerra que hubiéramos acumulado aquel día, teníamos que tomar la difícil decisión de a qué bufete iríamos a cenar: ¿sushi, italiano, vegetariano, o directamente comida guarrilla?.

Estos eran todos los privilegios frente a una interminable lista de prohibiciones.

* Pobres, putas y parientes

Entre ellas estaban la prohibición de bañarnos en las piscinas, coger los ascensores del pasaje salvo en circunstancias concretas, cenar en el restaurante principal, sentarnos en los bares en grupos de más de cuatro personas, merodear en zonas de pasajeros sin el uniforme, comprar bebida o tabaco en los duty free, almacenar cualquier tipo de bebida en nuestros camarotes, dejar acceso al pasaje a zonas reservadas a la tripulación (por algún extraño motivo nuestros bajos fondos despertaban gran interés en los pasajeros), entrar en las habitaciones de los pasajeros y la prohibición absoluta de mantener relaciones íntimas con ellos (algún que otro pillín también se lo pasó por el forro), así como tomar cualquier tipo de droga no legal.

Y había muchas formas para velar por el cumplimiento de estas y otras muchas normas.

Los de seguridad, encabezados por los israelíes (pocas bromas con ellos) y sus lacayos filipinos, merodeaban por todas partes constantemente (tenían el don divino de la ubicuidad). Tanto ellos, como cualquier gerifalte griego podían chivarse como putos acusicas si te pillaban cometiendo un pecadillo. En función de la gravedad del delito cometido se te imponía lo que llamaban un warning, que viene a ser algo así como una advertencia y si acumulabas tres warning-gayifantes en tu haber te ibas a la puñetera calle.

Además de esto había un Gran Hermano de cámaras de seguridad distribuidas a lo largo y ancho del barco. Así que con este panorama, que para si lo quisieran en Guantánamo, despertaban en la tripulación un sentimiento de vuelta al cole (que si la señorita me ha reñido, que si han echado a fulanito de la clase, que al otro le han llamado al despacho del director...).

La cosa se relajaba cuando cruzabas una de esas muchas puertas distribuidas por el barco y en las que se leía un reconfortante letrero que decía "solo para la tripulación".

Una vez superado el cambio radical entre la decoración de la zona del pasaje y la del lugar que te encontrabas al cruzar esas puertas, la verdad es que agradecías inmensamente encontrarte en un lugar seguro, a salvo de esa sabana africana en la que las fieras, en forma de pasajero, te acechaban sin descanso.

Y esto no lo digo en sentido figurado: la putada de vagar por la zona del pasaje en tus momentos de asueto tenía sus riesgos: el león, el guepardo y la hiena disfrazados de elegante caballero en bermudas

y camisa hawaiana, estaban ahí al acecho para demandarte en pleno pasillo que les resolvieras esto o aquello o lo de más allá. Además, caminar por el barco suponía mantener un rictus facial a lo Ronald McDonald y guardar un código de etiqueta verbal en el que las palabras “paso de ti”, “a tomar por culo” y “me la pela en dolby surround” se sustituían por “cuenta conmigo para lo que necesite”, “me encargaré personalmente” o “entiendo su preocupación y la hago mía”.

La vida ahí abajo era otra cosa y una vez te habías soltado el nudo de esa corbata que obstruía tu respiración para colocarla alrededor de tu frente a modo de indio Sioux, te sentías tú mismo.

Siempre había algún conocido en las cantinas de la tripulación con el que echarte unos güisquises o unas birritas, contar las batallas del día, descargar adrenalina y sentirte como el auténtico rey que eras y no como el paje que los de arriba querían que fueras.

Y este fue precisamente uno de los principales escollos en mi relación con Jorge. Mi incipiente carrera social, que muy poco tiempo después me entronizaría como rey de todos los saraos a bordo, se estaba empezando a cobrar la víctima mas preciada para mí.

Las escapadas con lo que comenzaba a ser el germen de mi pandilla para tomar unas copas o echarme unos bailes, empezaron a ser algo más que usuales, mientras que Jorge se quedaba horas muertas esperando en el camarote a su pareja que o aparecía mucho mas tarde o directamente no aparecía.

¡A mandar, mi general!

Ante todo aquel sufrimiento y cúmulo de sinvires en la recepción, ya había tomado la determinación de que mis huesos no iban a acabar ahí. Después de barajar seriamente en treinta y siete ocasiones la idea de desertar del infierno flotante, al final decidí no tirar la toalla e intenté hacer una pirueta en forma de reinención profesional.

Tenía muy grabado que, tras dos meses y pico a bordo, el prometido ascenso profesional a las cumbres del recepcioneo estaba próximo a cumplirse y que mi ascenso de rango podía suponer una estrategia bélica clave para ganar batallas. Aunque no podía olvidarme de que, para ser sinceros, todavía no había alcanzado siquiera el grado de aprendiz de cuarta de botones.

Y por otro lado veía con envidia como vivían los Pachás del barco que trabajaban en el departamento de excursiones o entretenimiento, que además de cobrar bastante más que nosotros, encima se pegaban una vida de puta madre. Así que tomé la decisión de que en la visita que el jefe estaba próximo a hacernos, le iba a pedir un cambio a cualquiera de esos dos departamentos.

Un día vino a bordo ese jefeazo, el mismo que había alimentado miserablemente mi ilusión con mentiras podridas sobre las maravillas y bondades de la vida a bordo.

Yo todavía no lo había conocido en persona y la imagen que me había hecho de él venía de las pistas que me dieron su voz o el texto de los correos electrónicos que intercambiamos. Mi intuición, que es mi gran aliada a veces y una gran traidora en otras, me decía que probablemente estaría en la sesentena larga y que sería una persona bondadosa y comprensiva, cuya única y dura misión era la de alimentar con nuestros cuerpos el insaciable estómago de los transatlánticos de la compañía.

Intuía también que sería un buen estratega de guerra y que comprendería la necesidad de que su ejército rotase en las posiciones para no quemar demasiado a los soldados en un mismo puesto durante toda la contienda.

No negaré que estaba un poco nerviosillo por nuestra entrevista cara a cara, porque a pesar de que me la había medido de canto con aquel trabajo-trampa, siempre me quedaba la duda de no haber entendido ni papa de lo que me había dicho en nuestras conversaciones previas. Y hay que tener en cuenta además que, en ocasiones, confluyen en mi dos personalidades: la del aguerrido Robin Hood que lucha contra las injusticias en carnes propias o ajenas y la del esclavo al servicio del hacendado al que no se le ocurriría en su vida cuestionar la autoridad absoluta de su amo. ¿Cuándo sale una y cuando la otra?. Pues cuando me tocan mucho, pero mucho los cojones, sale la primera. Y en aquel momento todavía no había llegado al "pero mucho".

Pues bien, el momento del encuentro con Arthur llegó. Aquella persona que yo suponía cercana a la tercera edad, resultó tener treinta y muchos. Los años que le quité al verlo en persona, los ganó triplicados por el ingente volumen de su trasero y su aberrante chavacanismo en el vestir. Muy educado y con un tono de voz suave y lento, parecía un

híbrido entre un cura aparentemente bonachón y enrollado, con un más que probable ejecutivo agresivo, de los que no pestañean sonrisa en boca cuando tienen que cortar cabezas.

Me percaté muy pronto de que el ambicioso de Arthur, era un lobo con piel de cordero, una boa constrictor que asfixiaba a sus víctimas con estudiadas triquiñuelas de bajísima estofa.

Después de que pasáramos un buen rato hablando de lo mucho que le gustaba España y de lo afortunado que se sentía de tenerme ahí pringando como un cabrón, consideré oportuno plantearle lo de mi cambio al departamento de excursiones o al de animación.

El muy pedazo de cabrón, cuando terminé de exponerle los motivos por los cuales quería marcharme de recepción, alzó su dedo índice en el que lucía un anillo dorado tipo arzobispal y lo balanceó de izquierda a derecha. Sincronizó la coreografía de la danza digital con uno de esos ruiditos insoportables que se emiten al juntar los labios como queriendo silbar, mientras golpeas ligera pero reiteradamente la lengua contra el paladar:

–“Tch, tch, tch, tch, tch, tch, tch..... Querido amigo y miembro de nuestra familia a bordo: soy consciente de que todavía no estás preparado para ese gran reto que va a suponer para ti ascender a Jefe de Recepción, pero tengo la absoluta convicción de que muy pronto llegará ese momento y te convertirás en un oficial clave para nuestra naviera”.

Y así, con una dorada de píldora tan evidente que a cualquiera le haría potar, a mi me convenció. Y lo más trágico fue que salí de aquel despacho creyendo que yo era y seguía siendo el elegido. ¡Me cameló vilmente!. Más tonto y no nazco.

Sin embargo, la venganza es un plato que se sirve bien fresquito y en aquel momento ni él ni yo sabíamos como iba a acabar aquella relación profesional y en qué medida le iba a afectar.

Pasadas algunas semanas de aquel encuentro, el estado mayor de las oficinas centrales de la naviera tuvo la genial idea de introducir cambios sustanciales en la vida laboral de los tripulantes. Y cómo no, los más afectados íbamos a ser nosotros. Yo traje conmigo, además de mi persona humana, la mala suerte y la devastación a las recepciones de los barcos de la compañía. Definitivamente habían pisado mierda con mi incorporación.

La brillante idea de los jefecillos era que se iba acabar esa vida

ociosa de trabajar ocho horas diarias, siete días a la semana, seis meses seguidos. ¡Ah no! Eso era para los vagos y maleantes. A partir de entonces íbamos a trabajar diez horitas diarias, con sus pluses (horarios, no pecuniarios) en los embarques y desembarques. A razón de unas setenta y siete horas semanales de nada. ¡Una guerra interna estaba a punto de estallar a bordo!

Políticas parecidas se implantaron para casi todos los departamentos del barco y el mal rollo, el puteo generalizado y los intentos de vudú y magia negra contra el hijo puta que tuvo esa idea, cundieron por doquier. Compañeros muy profesionales, que hasta entonces habían estado trabajando para la compañía durante años, empezaron a largarse o se plantearon acabar su vida en barcos con aquel contrato.

Aquella medida nos unió aún más a todos los de recepción, porque si hasta entonces compartíamos al enemigo común que era el pasajero, ahora teníamos en la compañía naviera a otro enemigo. Pero éste era más duro de roer, porque al fin y al cabo los pasajeros iban y venían, pero ellos eran los que colocaban las piezas de dominó en ese gran tablero que era nuestro campo de batalla.

Si hasta entonces, el estar de pie en recepción durante ocho horas diarias me parecía una agonía, once horas eran ya algo insufrible.

El ocio de la tropa

Para la tripulación se organizaba una pequeña maquinaria de ocio que, aunque no tenía nada que ver con la del enemigo de arriba, era la nuestra.

Había una persona responsable de organizar actividades para toda la tripulación a las que estábamos todos invitados, independientemente del estamento al que pertenecías. Se montaban excursiones en las ciudades donde recalábamos, cursos de lectura de la Biblia (no demasiado concurridos), se alquilaban libros y películas o se montaban campeonatos y torneos varios. Teníamos incluso hasta el famoso panel homenajando a los empleados del mes y sus correspondientes ceremonias de entrega de premios. También había festivales para conmemorar los días señalados de cada país (el día nacional Paki, el día de la independencia de Canadá, el día de Ecuador, el nacional de

Filipinas o el sagrado día griego en el que te ponías ciego de comida griega de la mejor).

Pero había dos acontecimientos en la existencia de todo tripulante que hacían que la vida mereciera la pena ser vivida: las fiestas temáticas que se organizaban cada dos ó tres semanas y las fiestas homenaje que te podías dar tú con mucha mayor asiduidad según las dotes que tuvieras para pillar cacho.

Por partes.

Las fiestas temáticas eran auspiciadas por la gerencia griega y tenían como finalidad elevar el ánimo de las tropas al servicio de la causa. Todos las esperábamos como Santo Advenimiento como las fiestas de los pueblos, para vestirnos con nuestras mejores galas. En algunas de las chicas se obraba un auténtico milagro y detrás de esa Petrosca con mandil, de repente salía una Kurnikova que había permanecido oculta hasta entonces. Al final todos nos mezclábamos, bailábamos como locos y bebíamos como cosacos para acabar cocidos a altas horas de la madrugada.

Esas fiestas sí eran auténticamente democráticas, porque te encontrabas desde a los topos de las salas de máquina hasta a los de mantenimiento externo del barco, pasando por los filipinos de las lavanderías y sobre todo, y por encima de todo, a los dioses griegos con chancletas, pantalón corto y camiseta. Arreglaos pero informales.

Las fiestas homenaje ya eran harina de otro costal.

Las prohibiciones de relacionarse carnalmente con los pasajeros no eran aplicables entre la tripulación y por esta razón, aquello era Sodoma y Gomorra. El deporte más practicado a bordo era el rollito, el pillar...A una hora determinada de la noche, aquello era el metro de Sol en hora punta. La camarera que se pasaba a la habitación del técnico de luces, el cantante (que hasta entonces todos creían que tenía novia formal) se colaba en el camarote de la de excursiones y el cocinero se lo montaba con el pinche.

Sobre esta última combinación, una de los aspectos ejemplares a bordo era la política de tolerancia cero a cualquier tipo de acoso y el respeto absoluto a las orientaciones sexuales de cada uno. A cualquiera que se le ocurriese molestar sexualmente a otro o insultar a alguien por sus preferencias sexuales, se le había caído el pelo para los restos.

Pero con los rollos venían los noviazgos. Y con los noviazgos los cuernos. Y con los cuernos las alianzas de cornudos. Y con las alianzas de cornudos los llantos y sus posteriores cogorzas.

El barco era una prueba fidedigna de que el hombre no está hecho para la monogamia. Todo eran cuernos e infidelidades y las listas de bajas en forma de despechados eran enormes. Las cosas se vivía intensamente: las pasiones eran más pasiones, las alegrías eran dobles, el dolor era mucho más intenso y todo venía provocado por estar sometidos a una situación extrema, una especie de estado de guerra. Era mejor verlo así porque de lo contrario, los que creían a ciegas en la fidelidad como pilar inquebrantable de una relación, se daban cuenta en seguida de que padecía aluminosis.

Sobre el tema de las relaciones personales entre los tripulantes, una de las cosas más chocantes era la predisposición de casi todo el mundo al buen rollo. El estar alejado de familias y amigos hace que la gente se abra más y que tienda a considerar a los demás algo así como una familia a bordo. Y como en toda familia había sus clanes, formados en este caso por los damnificados de los cuernos y sus aliados por un lado, y los profesionales del salto de cama en cama (que suelen actuar solos) por el otro.

Para los que no conseguían mojar, me enteré al cabo de un tiempo que había una profesional de las artes amatorias a bordo. La moza en cuestión parece ser que era una de las camareras de habitación que, para sacarse un sobresueldo, cobraba por sus servicios. La muchacha debía ser muy discreta porque la compañía debió ponerle más de un cebo para trincarla y echarla del barco pero nunca la pillaron.

En lo salpicante a la poligamia en mi relación con Jorge, debo confesar que hubo un par de tripulantes que me tiraron la caña. Los dos eran cantantes con voces de terciopelo, uno muy jovencito y el otro coetáneo mío y con una voz al estilo de los grandes como Frank Sinatra, Bing Crosby o Dean Martín. A mi lo que me subía el ego era el hecho de tener a alguien que babease por mis huesos, pero nunca hice nada más que coquetear con ellos porque estaba pillado por el doctor. En el fondo me hubiera gustado pertenecer a ese grupo de hombres y mujeres que son como cabras que siempre tiran para el monte, pero en aquel entonces yo era un Bendito.

Destreza en el cuerpo a cuerpo

Conforme iba aproximándose mi cuarto mes, fui percibiendo algo que hubiera creído inimaginable un tiempo atrás. ¡Aunque pareciese mentira, estaba mejorando profesionalmente!

Y no era ya solo que mejorara, sino que me estaba convirtiendo en un hacha, un gladiador, un Braveheart de la recepción, a la par que el fiestero de referencia, el Sandokán de todos los saraos en lo social.

Era ya un clásico de toda fiesta de tripulantes mi famosísimo zapateado-discalzo del último cubata, para el que me desprendía de mis fieles chancletas y procedía a deleitar a la concurrencia con un baile indescriptible, entre aflamencado y atormentado, carente de todo sentido del ritmo.

Eran poquísimos los lugares de esparcimiento en los que el perejil de todas las fiestas no estuviera. Tanto si había que hacer de profesional del fútbolín, como si se trataba de echar unos cantes o ejercer de psicólogo entre copa y copa, yo estaba ahí. Y valía para un roto y para un descosido.

Contaba con amigos y conocidos en la mayor parte de los estamentos del barco y pasear por sus pasillos era un constante ejercicio de protocolo que requería saludar a todo el mundo, repartir sonrisas por doquier y detenerme cada cinco minutos para entablar mini conversaciones.

Mantener todo aquel brillo social que tanto esfuerzo me había costado conseguir, implicaba consumir gustosamente una más que considerable cantidad de tiempo en sacrificio del que pasaba con Jorge. Conservar aquella reputación fiestera estaba poco a poco cobrándose una víctima, que era mi relación de pareja.

Y Jorge era muy paciente y comprensivo, consciente de que yo había sido siempre un ser social, pero alguna de las joyas en forma de detalles en mi comportamiento con él, empezaban a pasarse de castaño oscuro.

–“Si, si, que esta noche en cuanto acabe en recepción me paso por tu camarote, nos echamos una cenita de agárrate y no te menees y a la cama como unos ángeles” le decía inconsciente de mi, sin percatarme que de camino a su camarote había un diablo en forma de estupendo bar repleto de amiguetes esperándome.

A pesar de lo malo malón que fui a veces, intentaba compensarle con mi dedicación plena cuando salíamos a tierra a hacer excursiones juntos. Aunque debo reconocer que en más de una ocasión yo sacaba el Mussolini que llevaba dentro y se acaba haciendo lo que me apetecía en lugar de lo que cautelosamente proponía él.

Jorge me iba advirtiendo de que no estaba a la altura de lo que esperaba de nuestra relación y a mi se me acongojaba el alma porque sabía que tenía toda la razón. Así que, para compensarle de mis ausencias, hacía un giro radical de comportamiento que solía durar día y medio. Porque en mi aplastante lógica interna, pensaba para mis adentros que le quería mucho y eso me compensaba (pero evidentemente no a él) por las trastadas que le hacía.

La sombra de la ruptura estaba acechando peligrosamente y la estaba viendo venir.

En contraste a los peligros en mi relación, en lo profesional llegué a superarme hasta tal punto que incluso desarrollé una habilidad especial para detectar las necesidades o preguntas de los pasajeros solamente con estudiar sus caras. Es lo que pronto acuñé como RPP o "Radar de pollos en potencia" para lo que no hacía falta siquiera que los pasajeros abrieran sus bocas.

La maquinaria de recepción ya no me era hostil. La GRM ya no me llamaba a su despacho cada dos por tres, sino cada uno por dos. Porque nunca estuve libre de del todo de pecado, ya que las cagadas aprovechaban mis puntos débiles para aflorar cuando menos las esperaba.

Había un truculento asunto que nos traía a todos los tripulantes por la calle de la amargura. Mediante un cuestionario que se repartía en los camarotes de los pasajeros y que debían rellenar para su posterior envío a la central de la naviera, poníamos conscientemente nuestros cojones y ovarios en sus manos.

Ese cuestionario era procesado en las oficinas centrales y posteriormente remitido al barco, donde cada uno de los responsables de departamento se reunía con sus subalternos en consejo de guerra para hacer un juicio público sumarísimo a su equipo.

Las reuniones semanales de todos los recepcionistas junto con nuestro GRM eran antológicas. Después del rollo soporífero sobre puntos positivos y puntos a mejorar, los cambios de procedimiento impuestos a última hora por la central y las advertencias sobre el

peligro del perfil de nuestro siguiente pasaje, llegaba el temido turno de leer las evaluaciones personales que habían hecho los pasajeros del crucero anterior.

Lo jodido era revivirlo, porque tú ya habías puesto en la parte más remota de tu hipotálamo a aquellos cabrones y estabas centrado en la guerra contra los nuevos pasajeros a bordo.

Para ser sinceros, en la mayoría de las ocasiones los pasajeros pasaban olímpicamente de rellenar los cuestionarios de evaluación de satisfacción. Pero siempre había un ángel celestial que te agradecía personalmente el esfuerzo realizado, igual que el típico mamón que se acordaba de tu nombre y se cebaba a base de bien poniéndote a caer de un burro.

Debo admitir que, por muy ácido que pueda parecer al relatar este infierno, solía ser bastante amable con los pasajeros y contaba con un alto grado de tolerancia y paciencia. Las abuelitas desvalidas (que son más listas que el hambre), los europeos (por aquello de compartir continente, incluidos los franceses), la gente que te pedía ayuda con la educación que nunca debe faltar o los que se quejaban por causas realmente justificadas, me ganaban el corazón.

Pero tenía severos problemas de conducta con el típico pasajero yanki prepotente que te hablaba con chulería y desprecio o con los hacendados sudamericanos que pretendían tratarte como a uno de sus sirvientes. Mi ira podía ser terrible. La amabilidad, predisposición al bien y empatía se transformaban en hermetismo, flema y lenguaje corporal realmente beligerante. ¡Y los ponía en su sitio!

Lo hacía tan bien que en una ocasión, uno de ellos me condecoró con una de las menciones más amargas de cuantas haya recibido un recepcionista en toda la historia del barco; “desagradable, hostil, extremadamente maleducado.....decidimos no volver a recepción durante todo el crucero. Arruinó nuestras vacaciones”. Las consecuencias de aquello fueron una charlita con el Hotel Manager y dos warning-gallifantes para que no me fuera con las manos vacías.

Pero también es bien cierto que a lo largo de mi dilatada carrera de seis meses como profesional del recepcioneo, acumulé bastantes menciones positivas. La carrera hasta llegar a conseguir esos laureles fue ardua y con múltiples obstáculos. Los dos primeros meses fueron como de ostracismo cuestionaril porque nadie me mencionaba ni para bien ni para mal.

Pero llegó un buen día en el que nuestra GRM tuvo una excelente idea para elevar la moral de esa su tropa: organizaría un concurso para premiar, con todo un día libre en tierra, a aquel de nosotros que durante un mes (unos cuatro o cinco cruceros con pasajeros distintos) acumulase mayor número de comentarios positivos.

Eso de disfrutar de un día entero era demasiado bueno para ser verdad, teniendo en cuenta el hecho de que en barcos, los fines de semana no existen.

¡Aquello me lo tomé a vida o muerte!. Iba a ganar y puse todo mi potencial al servicio de conseguir el premio, luchando contra mi lado más oscuro y contra mis instintos asesinos.

Conseguí mi primera mención positiva, a la que di tanto bombo que pareció que habían sido cuatrocientas. Pero aquello no era suficiente. Quería más. Mi ambición no tenía límites y tras esa primera mención, llegó la segunda y la tercera.....hasta que se cumplió el plazo del mes.

Nunca olvidaré aquel momento de gloria. Todos reunidos en mesa de juntas, después de departir los asuntos del orden del día llegó el momento de tocar el último punto. La jefa me pidió que me pusiera en pie y pidió a todos los presentes un sonoro y clamoroso aplauso para mí. ¡Era un triunfador!

Mis fieles aliados

Tengo el deber de hacer una mención especial a dos de mis grandes amigos a bordo. Mis confesores y compañeros de fatigas: Ricardo y Fátima.

El primero era el único otro español que había en todo aquel barco cuando llegué. En la inmensa desesperación de mis inicios me habían hablado de su existencia, pero era como el Yeti, no había forma de encontrarlo. Sobre todo en aquellos primeros días en los que para iniciar una búsqueda en semejante pedazo de barco hubiera necesitado un sherpa.

Pero un buen día lo encontré, aunque no era exactamente como pensaba que iba a ser.

Era un tío cachas, pelin más bajo que yo, madrileño castizo y más chulo que un ocho. Trabajaba como masajista y tenía fama de ser uno de los mejores de la flota.

Intercambié unas palabras con él que no fueron nada reconfortantes. Era como muy echado palante, mega popular y yo ya lo había descuartizado:

–“Este es un vigilante de la playa, de los que inflan pecho y le salen trescientas fans de debajo de las piedras. ¡Me caes mal, estás sentenciado!” pensé.

Pero como suele ser habitual, mi instinto me falló más que una escopeta de feria y poco a poco empecé a entablar una amistad con él.

Cuando ya teníamos un cierto grado de confianza, un día le comenté el tema de mi orientación sexual y recibí a cambio una de las reacciones más curiosas que jamás he vivido.

Estábamos en el bar y yo andaba un poco receloso de decirle nada porque al ser tan macho él en su inmensidad, pues igual de la misma ya no quería ser mi amigo. Por aquel entonces, en mi primer mes a bordo, yo estaba en la fase de llevar escrito en la frente “hola soy nuevo, estoy colgao y busco amigos para hacer pandilla en el recreo”.

Pero me lancé:

–“Eesteeeee.....Ricardo, queeeeeeeeeee tengo que decirte una cosaaaaaaaa.....que soy gay”. Lo de gay lo dije en 45 centésimas de segundo.

Y él me miró a los ojos de forma penetrante (creo que incluso vislumbré unas gotas furtivas que le nacían del lagrimal) y me dio un achuchón tras el que me respondió:

–“Muchísimas gracias amigo, es la mejor noticia que me has podido dar, porque así tengo un competidor menos y tocamos a más tías por cabeza”. Todo un fenómeno, el muy golfo.

Lo bueno de Ricardo era el contraste entre lo que aparentaba ser con esa pose chulesca y como de matón de barrio, con lo que realmente era: un tío dulce, tierno y sensible absolutamente pirrado por el sexo femenino. Era inconvertible e incorregible.

El sería mi confesor, mi gurú espiritual, el experto en los baches del camino en la relación con Jorge. Su cuerpo de terminator albergaba un poeta sensible al que le habían partido el corazón en más de una ocasión, por lo que había acumulado una amplia experiencia en afrontar situaciones sentimentales críticas.

Fátima es otro de esos personajes singulares que se encuentra uno a lo largo de la vida y que merecen también una mención especial.

Ella era una de las telefonistas del barco que trabajaba en una pequeña oficina justo al lado y conectada con la recepción. Portuguesa de nacimiento y de familia originaria de Cabo Verde, Fátima era un híbrido entre la versión lusa de nuestra Lola Flores (a la que adora) y la Mammy, aquella entrañable dama de compañía de Escarlata O'Hara en "Lo que el viento se llevó".

Fue de las primeras personas que conocí y con la que nada más toparme, supe que tenía mando en plaza. Ella se encargaba de todas las peticiones para satisfacer las necesidades alimenticias de las fieras y de la recepción de las llamadas externas al barco. Verla en acción tecleando los botones de la centralita con aquellos dedos negros y regordetes y escuchar como lidiaba con los pasajeros al teléfono, era una auténtica lección magistral y una actuación que para sí quisieran en Broadway.

Porque élla si algo tenía era poderío y bondad a partes iguales. Para Fátima, aunque estaba hasta los ovarios de hacer aquello, la centralita era su feudo de poder en el que ejercía de Consejera Delegada. Manejaba todos los hilos del poder, estaba conectadísima tanto con las altas esferas de dentro del barco como de la central de la naviera, porque tenía el descaro, el atrevimiento y la frescura de una niña y la sagacidad y zorrería de una anciana sabia.

Si le caías bien, entrabas en el olimpo de su corazón y de ahí no te bajaba ni Zeus. Pero como le cayeras mal, tenías un más que serio problema. Ella vivía la vida como la escena de una película americana romántica, sus tragedias eran las más desgarradoras y sus alegrías eran como un chute de todas las sustancias psicotrópicas juntas y a la vez.

Dos de sus grandísimas preocupaciones eran mantener a raya a sus novios y conseguir bajar peso. Por eso la imagen de Fátima iba íntimamente unida a la de las broncas y rupturas con sus novios y la de los suculentos manjares a los que nadie tenía acceso y con los que se ponía las botas mientras los compartía contigo y te juraba por lo divino y lo humano, con absoluta convicción, que estaba a dieta severísima.

Además de por todo esto, adoraba a Fátima por la exquisita sorna con la que se mofaba de los pasajeros chungos que le pedían las mil tonterías por teléfono. Y lo fuerte de todo es que la mayor parte, a pesar de que sabían que se estaba meando en las bragas de risa metiéndose con ellos al teléfono, la acababan adorando y era la mujer más regalada de todo el barco.

Fátima era además mi segunda asesora de Gabinete, algo así como la Ministra de Asuntos Interiores, aunque ella ya tenía suficiente con sus propias tragedias amorosas como para encima aguantar las mías. De todas formas nunca hice oficial su nombramiento porque detecté posibles incompatibilidades en su puesto, al mantener también una excelente relación con Jorge. Sin embargo creo que la infravaloré, porque siempre tuvo claro quien fue amigo suyo antes y su fidelidad era a prueba de bombas

Creo que le voy a enviar estos párrafos al barco en el que continúa trabajando, pero me da miedo porque o le encantan y se pone a llorar a moco tendido o me pega una hostia vía internet que me deja orbitando. ¡Que inmenso personaje es Fátima!

El ascenso a la cúpula del Estado Mayor

El bueno de Arthur se iba presentado en el barco cada cuatro o cinco semanas con el objetivo de supervisar en carne propia la marcha de sus tropas. Y su llegada a bordo iba siempre precedida de avisos generales sobre el trato preferencial VIP con el que había que agasajar al personaje.

En la charla que me dio para no concederme el cambio de puesto, nunca llegó a aclararme en cuanto tiempo tendría a bien proponerme el ascenso. Y cada vez que venía a bordo, básicamente se dedicaba a tener alguna que otra conversación frugal conmigo o a deleitarme con charlas tipo la primera, incluyendo palmaditas en la espalda como recompensa.

Sin embargo, aquel soldado que estaba ya en su cuarto mes largo de contrato, se iba gangrenando por dentro de forma proporcional al fragor de las batallas con el pasaje y al descubrimiento de la tomadura de pelo que era el ascenso profesional que aquel sádico me quería ofrecer.

Para comprender en que consistía este puestazo, dediqué muchas semanas a analizar las claves que marcaban la diferencia entre nuestro trabajo de recepcionistas y el del jefe de recepción.

Si hubiese que buscar una palabra que definiera la esencia del curro de recepcionista, la palabra era portero. Un portero que paraba marrones y que calmaba las iras. Una especie de primera línea de

fuego para solucionar los problemas de tamaño pequeño y mediano, siendo el Gran Pollo responsabilidad del jefe de recepción.

La primera ventaja de nuestro puesto frente al del GRM era que, en llegando el pollo a una envergadura consistente, se lo endosabas. Y endosarlo significaba que el pasajero se reunía con el jefe de recepción en su despacho, a puerta cerrada, los dos solos mano a mano en lo que se venía a denominar "El Duelo". Y el final de ese duelo era impredecible porque podía acabar con una bajada de calzoncillos o bragas del jefe o jefa, con un cabreo aún mayor del pasajero, directamente a hostias o en el despacho del Hotel Manager por vía de apelación.

El segundo de los puntos candentes era la jornada laboral. Mientras el recepcionista consumía 11 horitas de su preciosa vida al servicio del pasajero, el GRM sabía cuando entraba pero nunca cuando salía. Su despacho era un Ikea en sábado.

Mientras nosotros teníamos como superior inmediato al GRM, ser generalmente enrollado y empático tras años y años de puteamiento, el jefe de recepción tenía como superior al semi Dios del Hotel Manager. Este payo griego que era un él y nunca élla, siempre tenía cara de pocos o ningún amigo y cero intención de que le fuera endosado por vía de apelación el marrón del pasajero. Tenía una absoluta predisposición a llevarse las medallas de plata, oro y bronce a expensas del sufrido y pringado jefe de recepción.

Y por último estaba el tema pecuniario porque las cantidades eran primas hermanas. Si el sueldo de recepcionista era una mierda el del jefe de recepción era una cagada.

Con todas estas premisas llegué a la sana y juiciosa convicción de que se metiera el ascenso por donde mejor le cupiera, que en el caso de Arthur no había lugar a dudas de que era en ese pedazo de culamen en el que le hubiera cabido más que de sobras.

Los cuatro jefes de recepción que tuve durante mis seis meses de contrato no tenían nada que ver entre ellos.

La primera era una griega de la que guardo un buen recuerdo salvo por el final, ya que pasó un queso de todos nosotros y no quiso ni siquiera despedirse. Aunque estuvo feo, en el fondo la entendí porque las secuelas tras años de batalla frente al pasajero le dejaron profundas cicatrices. Creo que se piró a las oficinas centrales de la naviera y nunca más pisó un barco.

Tras ella vino un francés, gay para más señas y que rezumaba gayismo por todos los poros de su piel. Era un tío mentalmente más rápido que la luz, ácido y divertido a morir, que había perdido a su pareja (un modelazo mestizo que debía quitar el hipo) años atrás en el atentado de las torres gemelas. Este nos duró también un suspiro, porque quería ascender a Hotel Manager pero el mundo griego se ponía en su camino. Le contrataron para un barco lujosísimo de otra naviera y no le volvimos a ver el pelo.

Después de él llegó la que creímos que iba ser la reencarnación de Hitler.

Corrían rumores de que la sustituta del francés era una bestia negra del crucero, una mujer devora-recepcionistas, una dominatrix con botas de látex y látigo en mano. Las compañeras que la habían conocido de otros contratos echaban pestes de ella: dura como una piedra, gélida como un glaciar, calculadora como una Casio y muy ambiciosa. Ante esta perspectiva estábamos todos acojonados de nuestra vida.

La susodicha era una nórdica con una clase espectacular. Era una cariatide de piel marmórea, rubia de ojos azules, tipazo que resucitaba a los muertos y altivez de zarina rusa. A pesar de la terrorífica reputación que llevaba a sus espaldas, la zagala resultó ser bastante enrollada y nunca hizo honor a su negra leyenda. Acabó su breve contrato y nos volvimos a quedar huérfanos.

A la última nunca acabamos de tragarla demasiado. Era tan seta y tan sosa que no llegó a hacer pandilla con nadie. Poco después de volver a España me enteré que la pobre muchacha acabó hasta el Chichi, medio loca, abandonando su puesto y la compañía.

Una de las virtudes que tenían en común todas mis jefas era que no se amedrentaban cuando venían a bordo de visita los jefazos de la oficina central. De hecho, en cuanto se marchaban del barco nos dosificaban cotilleos sobre ellos. Especialmente de Arthur, sobre el que tendían a cebarse porque otra cosa no tendría, pero juego daba mucho.

Había detalles en su goyesca forma de vestir, en la sonoridad cantarina de su tono de voz y en el contoneo al arrastrar su culo por las moquetas del barco que me hicieron sospechar que o bien era muy refinado o que directamente perdía lubricante. En radio macuto no se había comentado nada a este respecto porque supongo que incluso

en aquella radio clandestina del boca a boca, había una cierta forma de censura.

Pero en una visita que hizo a nuestro barco, llevó a cabo una serie de aproximaciones peligrosas hacia Jorge que resultaron algo más que sospechosas.

Uno día Jorge me comentó, así de soslayo y sin darle la más mínima importancia que Arthur le había venido a ver al hospital del barco para conocer in situ la marcha del mismo y las necesidades de su médico y las enfermeras.

A mí aquello me sonó a táctica de despiste, a cortina de humo para ocultar sus auténticas intenciones. Pero al comentarle mis sospechas a Jorge, me tomó por un chalado y me dijo que era un mal pensado y que dejara de hacerme pajas mentales.

—“Si claro, como que me chupo el dedo”. Pensé yo.

Y una tarde, el muy perro llamó por teléfono a Jorge, estando yo en aquel momento en su camarote para invitarle a comentar unos asuntillos pendientes en su habitación.

—“Mira Jorge, o yo veo fantasmas o este pedazo de carne con ojos te va a tirar los tejos esta noche”. Le dije.

—“Noooooo, tu sabes (you know) como funcionan estos jefes, que piensan en el trabajo hasta por la noche. Seguro que quiere comentarme la última política médica que se aplicará a bordo”. Me respondió.

“Angelito mío, cuanto te queda por vivir”. Me dije a mi mismo. Pero también pensé que aquello sería una sabia experiencia vital para mi facultativo, además de una prueba de fuego para saber si le tentaba la rolliza magra de aquel cochinillo.

Y el incauto de Jorge acudió a la cita.

Llamó a la puerta y del mismo golpe de nudillo se abrió. En aquel camarote en penumbra y con cuatro velas encendidas (muy apropiadas para discutir temas médicos), se encontraba Arthur recostado en la cama, cual majo despelotado, ataviado tan solo con un albornoz medio desabrochado que dejaba vislumbrar estratégicamente una parte de su microscópica anatomía.

Jorge, un experto en flema caribeña para las situaciones de crisis, le dijo sin inmutarse:

—“Ayyyyyy, disculpa por haberte cogido así de improviso. Casi que te dejo para que hagas tus cositas y hablamos mañana, con

tranquilidad, en el hospital". Y se marchó, dejando al majo con tres palmos de narices.

Mientras Jorge me lo contaba yo me estaba rebozando por el suelo como una croquetilla, del descojono. Pero tras la risa y satisfacción por la reacción de Jorge ante tamaña situación comprometedora, me fui encabronando y llenando de ira por la osadía que había tenido aquel personaje al intentar seducir a quien estaba seguro que sabía que era mi pareja. Y lo sabía porque el muy capullo tenía tripulantes espía a bordo de todos los barcos que visitaba y que le ponían al corriente de cualquier situación o cotilleo.

Al día siguiente, Arthur se paseó por el barco como si tal cosa, como si nada hubiera pasado e incluso tuvo el cinismo de bajar al hospital e inventarse alguna chorrada en forma de nueva política de la compañía para hablar o justificarse con Jorge, que le siguió la corriente como si no hubiera pasado nada.

Aquella misma mañana, mientras él continuaba su vida como si tal cosa, mi mente ya estaba al 120% de sus habilidades creativas para la venganza, intentando darle vueltas y mas vueltas sobre cual iba a ser la forma más chunga de devolvérsela.

Pero por más vueltas que le daba no me venía a la mente ninguna idea brillante. Además se me fue yendo la olla porque empecé pensando en dosificarle medio bote de evaculol en cada comida y acabé desvariando con rellenarle con pegamento líquido el frasco de sus gotas para los ojos.

Pero un día me vino la idea de la forma más casual.

Estando en la recepción apareció una abeja que volvió medio locas a mis compañeras de recepción. Y entonces me vino a la mente lo que Arthur me había comentado semanas atrás, entre charla y charla sobre manías y fobias. En aquel arranque de sinceridad, me confesó que sólo había un tipo de animal que le producía un asco y un pavor tremendos. El animal era la lagartija.

Mientras dos de las niñas huían despavoridas delante de la abeja, yo permanecí gozosamente inmóvil y como en trance ante el arma que el recuerdo de sus palabras estaba poniendo en mis manos.

Era el cuarto día de crucero en el que Arthur estaba a bordo y me quedaban sólo dos días antes de que desembarcara para encontrar al precio que fuera un par de lagartijas. Había que tener en cuenta que estábamos en Alaska, tierra mundialmente conocida por la magnitud

de sus bichos (osos, arces, águilas de cabeza blanca...), pero no por sus lagartijas. De haber ocurrido el ultraje en uno de nuestros anteriores puertos en la isla de Aruba, del mismo pantalán del barco me hubiera llevado una de las muchas iguanas marinas que pacían al sol tan ricamente.

Así que dediqué todas mis horas libres y todo mi esfuerzo en localizar a las lagartijas, que tras mucho deambular por aquellos bosques y frondosas praderas, logré robárselas a la madre naturaleza agradeciéndole de antemano el regalo y el tamaño considerable que tenían.

Mi venganza iba a ser de manual porque además de no necesitar ningún cómplice, aquello iba a ser una advertencia velada tipo lo de la cabeza de caballo de "El Padrino". Algo en la línea de "no se te ocurra en lo que te queda de vida volver a intentar levantarle la pareja a nadie".

A pesar de lo excitado que estaba, no podía dejar de pensar en cual sería el destino final de los reptiles, aunque justifiqué su posible sacrificio con el argumento de que aquellas lagartijas serían los primeros soldados que se inmolaban por la causa anti pasaje. Porque en el fondo, Arthur era un enemigo a meter en el mismo saco que a los pasajeros. Las lagartijas habían nacido para ser heroínas y honraría su recuerdo de por vida.

La noche de autos, mientras Arthur estaba soltando una charla soporífera a un grupo de tripulantes, yo a las 20:37 horas me despedía de las dos, habría la puerta de su camarote con una llave maestra y las distribuía estratégicamente una en la pared y la otra sobre la almohada de la cama que ya estaba abierta. Lo único que me obsesionaba era que no se escondieran.

Aunque ya había acabado mi turno me quedé en recepción esperando como más de dos horas, hasta que a eso de las 23:00 hrs ocurrió. En ese momento sonó el teléfono, lo descolgó una de mis compañeras y se quedó pálida por los alaridos histéricos de un pasajero que imploraba que le enviasen a seguridad del barco.

Nunca pude contemplar la escena pero, al día siguiente, me encontré en el bar de la tripulación a uno de los seguratas que estaba narrando a la concurrencia la escena dantesca de Arthur gritando histérico perdido y preguntando como coño podían haber llegado aquellos bichos hasta ahí.

¡Joder, que subidón da una buena venganza bien organizada!

Disidencia al bando enemigo

No pueden pagar justos por pecadores y hay que admitir que no todos los pasajeros eran unos hijos de la gran puta. De hecho sólo un porcentaje relativamente pequeño del pasaje se pasaba por recepción. Los que se pasaban y eran enrollados, los que se quejaban por una causa justa y a los que nunca les veíamos el pelo representaban en total alrededor del 85% del pasaje.

Siempre he pensado que cuando tomas la decisión de hacer un crucero es porque quieres desconectar, descargar tensión y olvidarte de tus problemas mientras te lo facilitan todo para que estés a gusto. Y muchos de los pasajeros tenían ese objetivo y adoptaban una actitud positiva y de buen rollito.

Tenían una predisposición a pasárselo bien y a disfrutar como cosacos y por eso, detalles que para unos suponían el fin del mundo para otros no tenían importancia.

Si te venían con un problema a recepción lo hacían con una sonrisa y cuando se lo resolvías encima te lo agradecían. Los veías tan a gusto, cada uno con lo que más disfrutaba: unos se ponían las botas a comer y les parecía todo delicioso. Otros se apuntaban a las trescientas actividades organizadas durante el crucero. Otros directamente se cocían al sol o acababan al baño maría en los jacuzzis. Y otros ya ni salían de sus camarotes porque se pasaban el día dale que te pego.

Era entrañable ver a parejas de gente muy mayor bailando muy pegados, o a los que se apuntaban a un bombardeo y no les importaba lo más mínimo hacer el ridículo.

Se agradecía que algunos se pasaran por recepción para tener una palabra amable con nosotros. Incluso a veces te traían unos bombones envueltos en una servilleta o te regalaban una tontería por haberles solucionado algo.

Había mucha gente que viajaba sola y observabas su evolución a bordo. Entraban siendo tímidos y cautelosos y acababan siendo el perejil de todas las salsas. Además muchos de ellos acababan ligando y paseando por el barco cogidos de la mano como colegiales que se habían enamorado por primera vez.

En cada crucero teníamos pasajeros a los que les habían perdido la maleta (lo cual era una gran putada que justificaba un cabreo

monumental) y algunos en lugar de convertirlo en una tragedia que les amargaría el viaje, lo afrontaban con resignación y hasta con sentido del humor. Te venían con preocupación pero se dirigían a ti con respeto para que les informaras de cómo iba la búsqueda. Y entonces te daban ganas de fletar un helicóptero para que les trajeran sus maletas cogando leches al barco.

○ esos pasajeros para los que aquel crucero era el primero de sus vidas y probablemente las primeras vacaciones que se tomaban después de hacer un gran esfuerzo económico para estar ahí. Ponían cara de niños con la boca abierta alucinados de estar viviendo todo aquello.

Bravo por la educación y la cordialidad, por las buenas maneras, por la clase interior, por la simpatía, por el entusiasmo y por las ganas de disfrutar.

Los escenarios de la contienda

A pesar del poco tiempo del que disponíamos para visitar los puertos, una de las ventajas únicas de trabajar en cruceros era contemplar la llegada a tierra desde el barco y la lenta aproximación al puerto de destino. Esa sensación de ser un eterno errante vagabundo, que hoy se levanta en un país y mañana en otro continente, enganchaba a muchos de los tripulantes.

Una vez embarcado en San Diego, el primer contacto con tierra firme, después de cuatro días de navegación sin avistar ni una triste isla, fue el archipiélago de las Hawaii. Y realmente mereció la pena. Te quedabas pasmado viendo aquellas islas y sus enormes montañas cubiertas de exuberante vegetación que morían casi a ras de mar.

No es plan de vender la burra de que vas de gran viajero independiente cuando viajas en un crucero. Básicamente visitas puertos o ciudades, con las consiguientes excursiones más representativas que puedes llegar a hacer en el tiempo en el que el barco está atracado (lo máximo era un día y pico y lo mínimo siete u ocho horas). Pero aún así, y siendo consciente de esas limitaciones, viajar de esta forma te da la oportunidad de ver un país desde una perspectiva diferente a la de cualquier otro viaje.

Siempre que nuestra economía y el tiempo disponible lo permitían, intentábamos alquilar un coche en cada puerto para que nos diera la libertad y rapidez de ir a donde quisiéramos, empleando el menor tiempo en el desplazamiento. Y así lo hicimos en las islas que visitamos.

Algunos de los mejores recuerdos fueron estar a menos de medio metro de la lava que brotaba del volcán Kiluea, el buceo en aguas cristalinas rodeados de pececitos de todos los colores, la belleza de algunas de las playas más recónditas o la envidia al contemplar la apacible y pija vida de aquellos ociosos que gastaban sus días surfеando de día y saliendo a cenar y copeando de noche en el estupendo pueblo de Lahaina, en la isla de Mahui.

Para no perder la costumbre, y no dejar de tocar los cojones, hay que comentar que resultaban sumamente interesantes los pollos que se generaban en estos cruceros por las Hawaii.

El origen de los problemas era el hecho de que en esta ruta, por alguna extraña ley yanqui llamada John´s act, el barco zarpaba desde San Diego vacío para recoger al pasaje en Ensenada (Méjico). La logística del traslado del pasaje desde San Diego hasta Ensenada, y los marrones que nos caían, eran como para no olvidar: gente que se perdía y nunca llegaba a embarcar, autocares que se quedaban atascados en medio de la nada, chorizos que mangaban a mansalva en Ensenada, maletas que desaparecían para siempre.....

No me acuerdo de cuantas veces hicimos este crucero, pero calculo que serían entre cuatro y seis con sus idas y vueltas San Diego-Honolulu, Honolulu-San Diego y paradas en las distintas islas.

Al acabar esta ruta empezamos a hacer los cruceros del canal de Panamá.

Zarpábamos de San Diego y recto pa´bajo hacia Cabo San Lucas, que está en la punta final de la península de la baja California. Y por aquello de que un día estás en Hawaii y otro te despiertas en Méjico, en una ocasión tuve una experiencia paranormal que en un primer momento achaqué al jet-lag marino.

Ese mismo día que empezábamos los cruceros del canal de Panamá, hicimos un guateque para la tripulación en la proa del barco. Nos pusimos morados de comer y beber para luego acabar entajados haciendo otro de nuestros clásicos, que consistía en asomarse a la proa del barco y rememorar la escena romántica del Titanic.

Y joder, como hay un Dios que llegué a ver cosas pequeñas volando que salían del mar para volver a zambullirse de inmediato. ¡Aquello era un poltergeist marino en toda regla!. Jorge me pedía que dejara de beber, pero yo le juraba por lo más sagrado que no iba taja. Al menos todavía.

Al día siguiente me enteré de que se trataba de uno de esos pececillos chungos que cunden mucho por esas aguas, y que se pasa la vida planeando y sumergiéndose.

Cabo San Lucas es un pueblecillo costero muy agradable pero bastante americanizado. Me podían haber dicho perfectamente que estábamos en Puerto Banús y me lo hubiera creído, porque aquello no rezumaba saborcillo mejicano por ningún lado.

A Jorge, que nunca tuvo un gran espíritu mochilero, le encantó, y soñaba con que al finalizar nuestros contratos pasaríamos unos días allí tumbados a la bartola, entregados al sol y al amor. No estaba nada mal pensado, aunque desafortunadamente nunca llegamos a ponerlo en práctica.

De Cabo San Lucas zarpábamos esa misma tarde hacia Acapulco, que es una especie de Benidorm a la Mejicana, donde hacíamos las visitas de rigor que incluían, entre otros puntos turísticos, el Salto de la Quebrada. Nada que destacar.

Nuestro siguiente puerto era Punta Arenas, en Costa Rica. Allí esperaba encontrarme frondosas selvas tropicales con sus fieras, vegetación exuberante y sus cascadas de agua, pero ni rastro. Aquello era un cutre puerto en el que repostar combustible en nuestra ruta hacia el Canal de Panamá cruzando del Pacífico al Caribe.

Era alucinante ver pasar semejante pedazo de buque por un canal tan estrecho, y cómo el barco ocupaba todo el espacio mientras era arrastrado por una locomotora. A ambos lados del canal y en pleno Panamá, aquello sí que era una auténtica selva tropical en la que te quedabas con las ganas de, o bien saltar por la borda para descubrirla o desembarcar a algún pasajero para que se sintiera como en casa entre la fauna local.

En uno de los varios cruces que hicimos por el Canal viví una escena surrealista fruto del amor y admiración profesional que sentía hacia Jorge.

En el transcurso de la bacanal alimenticia en la que estaban inmersos la mayor parte de los pasajeros, uno de ellos tuvo la genial

ocurrencia de meterse entre pecho y espalda muchísima más cantidad de comida de lo que fisiológicamente su esófago estaba preparado para soportar. Y el resultado de aquello fue una intervención de urgencia de Jorge, a las 2:00 de la madrugada para devolver el aire que aquel bolo de alimento le estaba impidiendo inhalar al paciente tripero.

Le hizo una intervención de urgencia al moribundo mediante una reanimación cardiopulmonar, previa maniobra de Heimlich con la finalidad de que el tío esputase el enorme trozo de bocata que se había metido entre pecho y espalda.

Aquella acción heroica de Jorge me dio la oportunidad de ver en carne propia la luz al final del túnel. Porque los labios que habían besado los míos en múltiples ocasiones eran los mismos que estaban insuflando aire en los pulmones del pasajero. Y como consecuencia de aquello, hoy puedo presumir con todos los honores de haber tuteado a la muerte por vía indirecta.

A pesar de que mi pareja había logrado reanimar al pasajero, Jorge creyó oportuno desembarcarlo para que fuera sometido a un examen exhaustivo en tierra. Y para lograr aquello, tuvieron que hacerlo en helicóptero.

Cuando le vi montarse en el helicóptero desde el helipuerto del barco, acompañando al pasajero en su viaje rumbo al hospital más cercano, sentí tal orgullo y admiración que no pude reprimirme y me puse a aplaudir como un loco mientras el helicóptero se los llevaba a los dos. En toda tragedia siempre hay un hueco para el amor. Y en ese inapropiado hueco, ahí estaba la muestra del mío hacia mi Jorge.

Volviendo a nuestro itinerario, después de visitar la ciudad de Panamá y ya en el Caribe, llegábamos a la isla de Aruba. Solíamos alquilar un coche para recorrerla con parsimonia, parándonos a bañar y a bucear en sus aguas cristalinas y acabar tumbándonos a la bartola en sus finísimas playas de arena blanca.

Otra de las cosas chulas de lo de trabajar en un crucero era que, de la noche a la mañana y en lo que dura una dormida, amanecías en un país diferente para salir escopeteado como un niño a cubierta para ver que pinta tenía aquello. Además, al visitar los puertos varias veces, acababas conociéndote lo que merecía más la pena de cada uno: las mejores calas, los mejores bares y restaurantes, las tiendas más interesantes....

El deporte rey en tierra firme eran las compras como una forma de descargar adrenalina. Y la gente compraba de todo lo habido y por haber salvo alcohol, porque te lo requisaban los seguratas al pasar el control de seguridad de vuelta al barco. Aunque les dábamos la vuelta a los maderos comprando botellas de agua de litro y medio y rellenándolas con vodka.

Justo cuando llevaba cumplido ya la mitad de mi contrato, hicimos un último itinerario por Hawai para empezar la ruta de Alaska. La última que viviría como tripulante.

Adiós a las cálidas playas, a los bronceadores, a las chancletas, a los bañadores y bienvenido el anorak de plumas. En cuestión de un par de días habíamos pasado del clima tropical a la rasca de cojones en pleno junio, mientras la madrastra patria estaba asolada con la peor ola de calor que jamás ha vivido desde entonces.

Aquellos cruceros durarían una semana cada uno, y embarcaríamos y desembarcaríamos todos los viernes en la ciudad de Vancouver, en Canadá.

Vancouver es una de esas ciudades de postal en la que casi todo es nuevo, limpio, agradable, con sus puertecitos deportivos y sus parques estupendos en los que disfrutaban unos canadienses cívicos, educados y sanotes.

Tras zarpar de Vancouver hacíamos el trayecto por el “Inside passage”: un laberinto de profundos canales, calas y fiordos excavados por los glaciares, de un paisaje fantástico lleno de cascadas descendiendo por acantilados de granito con sus tranquilas bahías e islas plagadas de fauna salvaje.

Nuestro primer puerto era la capital de Alaska, Juneau. Es curioso porque cuando nombras la palabra capital, la gente se hace la imagen mental de rascacielos de oficinas, complejos residenciales y cascos urbanos a lo gran metrópoli. Pero Juneau era una calle, literalmente. Una calle en las laderas de unas preciosas montañas. Pero ni más ni menos que una jodida calle plagada de tiendas de souvenirs en las que vendían lo mismo en todas.

Al ver aquello y tras entusiasmarme con lo bonita que era la callecita y su entorno, empecé a acojonarme pensando que si eso era la capital de Alaska que visitaríamos cada puñetera semana, no me atrevía a pensar cómo serían los demás puertos.

Y no andaba errado al acojonarme.

Nuestro próximo puerto sería Skagway, más al norte. Si Juneau era una calle, esto era una acera. Skagway es una especie de reproducción de unos de esos típicos pueblos de la época de la fiebre del oro, muy mono todo él pero perfectamente recorrible en un máximo de 20 minutos.

Tras Skagway navegábamos hacia el glaciar Hubbard donde ya no había ni humanidad, ni calles, ni aceras, ni hostias. Solo hielo y más hielo. Eso sí, la visión de ese glaciar era fabulosa, de un color azul fluorescente y de una majestuosidad increíble. Cada vez que un trozazo de hielo del glaciar se caía al mar hacía un estruendo que se oía a kilómetros a distancia. Y frente a él había montones de pequeños icebergs sobre los que pacían las focas y sus cachorros tomando la fresca.

La gran putada de cada semana, cuando atracábamos en el mar para divisar el glaciar, era que a los pasajeros se les permitía como excepción salir a la proa del barco y divisar el panorama desde el helipuerto.

Permitir a aquellos cabrones entrar en nuestro territorio era un ultraje, porque cuando uno estaba allí tan a gusto disfrutando del paisaje, te venían a tocar los huevos para que les hicieras una foto con el glaciar de fondo. Lo bueno es que si te tocaban mucho la moral, cuando te pedían que les hicieras fotos, les sacabas del encuadre un poquito y a tomar por culo. ¡Que vinieran a reclamarte cuando las revelasen!

De regreso a Vancouver parábamos en Ketchikan, la puerta de acceso a Alaska por el sur, que aunque no era precisamente Manhattan, se trataba de un pueblecito con mucho encanto en el que había gente y hasta calles, restaurantes y bares.

Definitivamente, algunas de las mejores excursiones que hicimos de entre todos los itinerarios de aquel barco fueron las de Alaska. Entre ellas destacaría la que hice en helicóptero junto a Jorge para aterrizar en medio del glaciar; hacer trekking sobre un hielo acumulado en millones de capas durante siglos.; excursiones en lancha para avistar unas ballenas a las que casi llegabas a tocar; o las largas caminatas por bosques impresionantes en los que te podías llegar a encontrar osos, arces y ciervos en puro estado salvaje.

Los soldados de reemplazo

Hacia el quinto mes de estancia a bordo, cuando llevaba un buen tiempo disfrutando del lujo de tener aquel ataúd camarote para mí sólo, me comunicaron que iba a incorporarse otro chico. Eso era una putada muy gorda porque iba a invadir mi harem-recepción y además me lo iban a enchufar en el camarote.

El anuncio de su llegada despertó la excitación en las chicas de recepción; ¿será guapo?, ¿será enrollado? Y bla, bla, bla, bla....Y yo estaba empezando a ponerme celosillo ante tanta expectación que me robaba protagonismo.

Y un día llegó entrando por la puerta de la oficina de atrás, que es por donde entrábamos todos en nuestro primer día de colegio. Mientras, las chicas se iban preparando para pasar de una en una y por turnos para saludar al nuevo fichaje. Luisa fue la primera en entrar a saludarlo y al volver a recepción vi que la expresión de su cara había cambiado. Era como si se pudiera sentir el miedo en sus ojos.

La misma escena se repitió más o menos con el resto de las chicas, aunque ninguna abrió la boca para decir nada. Y yo no podía más, pero aunque estaba acojonado me armé de valor y crucé el umbral de la puerta.

Lo que vi fue indescriptible. Con todos mis respetos a las personas poco agraciadas físicamente, ese ser humano no es que fuera feo, era de otra dimensión más allá de la fealdad. Aquello tiró por tierra todas mis expectativas de putearle, porque una persona con su físico no había podido tener una vida digna.

Así que, tragando saliva y cogiendo aire para respirar, esboqué una sonrisa de oreja a oreja y le di la bienvenida a nuestra hermandad.

El problema de aquel chaval es que, aunque era horripilante, eso podía haber quedado en un segundo plano de haber tenido una forma de ser y una personalidad alegre, dicharachera o yo que sé, siendo de otra forma a como era. Pero es que era muy raro, pero raro de cojones.

Una vez acostumbrados a su presencia y a su forma de ser, el tío resultó ser muy profesional, aunque igual de cenizo y grisáceo que pintaba el primer día. Nunca llegamos a ser amigos, nos respetábamos y poco más. El mozalbeta acabó no aguantando la presión del trabajo

(supongo que por exceso de autoexigencia profesional) y se largó con la excusa de que lo habían contratado para otro trabajo en tierra.

Tras su marcha, volví a disfrutar de la soledad en mi caja de pino, aunque por poco tiempo.

Me anunciaron que iba a llegar otro chico en sustitución del anterior y volvieron a afluir en mí los mismos sentimientos beligerantes que había tenido anteriormente.

Y también un buen día llegó y por la misma puerta trasera de la oficina. Juro por lo más sagrado que se repitió la misma escena que he descrito antes hasta un punto. Todavía tengo en mi retina la imagen en pause de Luisa en el momento en que regresó tras saludar al nuevo.

Mi buena amiga Luisa no había tenido una visión, había tenido un polvo ocular. Pero no un polvo cualquiera, sino el polvazo del siglo. Y de nuevo lo mismo con el resto de las chicas: todas me habían vuelto preñadas de la oficina de atrás.

El tío estaba cañón, pero cañón de los de Navarone y los de la quinta flota juntos: planta acojonante, metro noventa de estatura, estupendo moreno natural, ojos verdes y pelo azabache, sonrisa encantadora mostrando dientes blancos impolutos y pelo engomado peinado todo hacia atrás rollito directivo madrileño de multinacional.

La competencia iba a ser durísima y yo llevaba todas las de peder. Mejor dicho, había perdido ya antes de empezar, porque aquello era competencia desleal. El chaval se llamaba Nicolás y para colmo de males era tunecino de origen Bereber y había estudiado filosofía.

Nicolás resultó ser un auténtico genio y figura donde los hubiera. Su inglés hablado era como de Puerto Hurraco y el escrito un jeroglífico. Aquel era su primer contrato pero por motivos diferentes a los de los demás. Él y su novia habían llegado al pacto con la naviera de que, al cabo de unos pocos meses, les destinarían juntos a otro barco. El trabajo en la recepción se la pelaba, pero no de mal rollo sino con una forma de pelársela elegante y divertida. Estaba todo el día partiéndose el culo con todo, y era la persona más agradecida con los chistes ajenos del mundo. Era imposible que le cayera mal a nadie. Ni siquiera a mí.

Pero como hay gente a la que le podía herir la sensibilidad eso de dormir con un julandrón en el mismo camarote (uso el término camarote porque me cambiaron a otro con luz exterior igualito al de

los pasajeros más pobres), pues sentí la necesidad de comentárselo a Nicolás con todo el tacto del mundo:

–“Oye tú, Nicolás. Que soy gay. ¿Algún problema?”.

Y el tío se me descojonó en la cara. Era íntimo de un gay, que para más INRI estuvo enamorado de él. ¡Si es que encima era super mega gay friendly el muy cabrón!

Era uno de los mejores compañeros de camarote y de él destacaría su absoluta naturalidad. Hasta tal punto que, en mi inmenso pudor, cuando salía de la ducha, todo mi ser estaba cubierto de capas de toallas de pies a cabeza (del palo burka de rizo) y para cambiarme abría la puerta del armario para parapetarme en él. Y claro, él se quedaba a cuadros porque cuando se duchaba no le importaba lo más mínimo nada y se quedaba todavía más a cuadros cuando yo giraba la cabeza hacia la pared mientras él se cambiaba.

¿Y porque hacía eso yo?. ¡A saber!. Igual pues porque no se sintiera mal, cosa que por otra parte nunca hizo porque todo eran requiebros y pajas mentales mías.

Nicolás era sobre todo fiel amigo de sus amigos hasta la muerte, y tan sólo le bastaba un apretón de manos para sellar un acuerdo. Y aquello iba a misa o a la mezquita. Rollito Cosa Nostra en sus buenos tiempos.

Y por encima de cualquier otra cosa, estaba enamoradísimo de su novia. Y precisamente sobre ella hubo un misterio sin resolver que me hizo pasar más de una noche en vela.

Habían pasado unos días desde su llegada y ya habíamos cogido confianza. Una confianza de la que abusaba taladrándome la cabeza con batallas de lo buena que era su novia y lo enamorado de ella que estaba. Y cada mañana al levantarme aparecía pegada una foto más de ella en su lado de la pared, hasta llegar a un punto en que aquello parecía ya un mausoleo.

En una ocasión invité a nuestro camarote a un par de amigas, entradas en la cuarentena y veteranas en este trabajo, a tomar unas copas. Se sentaron en mi cama y se dedicaron a contemplar aquella estampa de vírgenes que eran las fotos de la novia de Nicolás. Y de repente, se miraron entre ellas en un gesto de complicidad, me miraron a mí y me indicaron que me centrara en una de esas fotos y la observase con atención. Y con tres preguntas-dardo me preparan para la noticia bomba que me tenían reservada:

–“Fíjate en su cara. Fíjate en su cuello. Y, fíjate en sus brazos”. Dijeron.

A veces, los hombres parece que nos hayamos caído de un guindo y necesitamos que éllas vengan a alumbrar con su luz las tinieblas de nuestra nula sagacidad:

–“Sí, es muy mona, ¿verdad?. Es que ha sido modelo”. Respondí yo.

Mi análisis de la fotografía no les satisfizo lo más mínimo y con un tono más inquisitivo me ordenaron que volviera a fijarme en la puñetera foto. Y entonces lo ví, o creí ver lo que éllas intentaban decirme. La novia tenía toda la pinta de ser transexual.

Al parecer, la habían conocido de pasados contratos en otros barcos y según éllas era algo público y notorio. Yo no se si sería cierto o no aquello, pero lo que si sé es que, cada mañana desde aquel día, me quedaba mirando fijamente aquella foto y, o bien estaba muy sugestionado por lo que me habían dicho o cada vez lo veía más claro.

Nunca le comenté nada a él, ni tampoco lo hicieron éllas, porque no era asunto nuestro y porque lo que contaba era que estaban enamorados. De ser cierto, no creo que Nicolás lo supiera y en tal caso me hubiera sabido mal por él, porque creo que tal vez tendría que haber sido élla la que se lo dijera. De no ser cierto, había que haber quemado en la hoguera por jodidas-envidiosas a mis amigas, y a mí por gilipollas. Y de ser cierto y aceptado por él, entonces esta historia ya no tiene más miga.

El hundimiento

Jorge llevaba tanto tiempo sufriendo mis abandonos, la falta de compromiso y mi rigor en el cumplimiento de los múltiples deberes sociales que se anteponían a él, que me llegó a dar un ultimátum para evitar que ocurriera lo que indefectiblemente se me avecinaba.

Pero yo seguía actuando como quien oía llover.

Al final de mi quinto mes a bordo, en uno de aquellos días en los que había librado una guerrilla en recepción que había dejado profundas secuelas en mi ser, sentí la necesidad de darle un toque a mi veterinario para recibir consuelo.

Y Jorge no me cogió el teléfono, cuando yo sabía que no estaba de guardia. Y tuve un palpito muy chungo de que me estaba poniendo la osamenta.

Bajé cagando leches a su camarote y llamé a la puerta. ¡Ni rastro de él!

Encendido de ira le pegué un toque al móvil de emergencia y me respondió con una de esas frases lapidarias que un enamorado jamás hubiera querido escuchar en su puñetera vida:

–“Ahora no puedo hablar contigo”, me dijo.

Confirmado. Ya era oficialmente un cornudo.

Estaba en compañía íntima de alguien que tal vez le daría lo que yo nunca supe ofrecerle: cariño, dedicación y entrega. En ese momento pasó ante mí y a cámara rápida toda nuestra relación: el inicio, los tímidos besos furtivos, esos momentos especiales de mucha ternura y compenetración. En fin, todas nuestras vivencias juntos que en una vida normal hubieran ocupado cinco años y que nosotros condensamos en cinco meses.

Yo conocía a Jorge y aquél: “Ahora no puedo hablar contigo”, era el final.

Y como me considero una persona empática y en conexión con mis sentimientos, decidí tomarme aquellos momentos tan difíciles como una excelente oportunidad de aprender, de canalizar mi ira interna y dejar fluir el auténtico yo que cada uno de nosotros lleva dentro. Y pensé:

–“Morderás el polvo, pedazo de mamón. ¿Cómo te atreves a hacerme esto a mí, yo que te he creado y que he hecho de ti el consorte del enrollado de la recepción? ¿Así me lo pagas?..... Te estás buscando la muerte, por la gloria de mi bisabuela te lo juro...”

Una vez pasada la rabia gitanorra tuve que convocar de urgencia un gabinete de crisis con mi amigo Ricardo, el Masajista. Pero el muy mamón no se presentó y puso como excusa de fuerza mayor que se estaba intentando ligar a una bailarina. ¡Y encima el muy gilipollas no se la ligó!

Me sentía tan sólo en el mundo que al día siguiente, después de pasar toda la noche llorando le di un ultimátum a Ricardo: “o me vienes a consolar o te borro de la lista, pedazo de hijo de la gran puta”.

Además de llegar tarde me soltó lo que no estaba en condiciones de escuchar:

–“¿Pero que esperabas, tontolava, después de lo mal que te has portado con él?. Ahora lo que un hombre que se viste por los pies tiene que hacer es acercarse a él, disculparse por todo lo que le has hecho pasar y ofrecerle como amigo lo que no has sabido darle como pareja”.

Y le respondí entre sollozos:

–“Oye tío, con amigos como tú ¿para que cojones quiero enemigos?”.

¿Cómo tenía el valor de decirme aquello, con lo dolorido y ultrajado que estaba?

Pero ese gran trovador que es Ricardo tenía razón una vez más. ¿Que mayor prueba de amor que demostrarle a Jorge mi cariño y amistad abriéndole mi corazón para lo que gustara hacer con él?. Aquello iba en contra de mis principios, pero he de reconocer que cuando Ricardo estaba iluminado era como Buda.

Y así lo hice. Pero volver a recordar esta historia con Jorge me ha dejado un poco traspuesto, hasta el punto que parece como que me quiere dar un amago de estrés post-traumático con efecto retroactivo. Por eso prefiero darme un respiro emocional y posponer esta parte del relato para un poco más adelante.

El pasajero contrataca

La cantidad de anécdotas de todo tipo que llegué a vivir trabajando en aquel barco darían como para varios volúmenes. Y como además intuí que podían tener un potencial bestial, me las fui apuntando una a una para que no se me olvidaran y no perder ni un detalle. Las que relato a continuación son una selección de grandes éxitos, exactamente tal y como ocurrieron para servirlos recién calentitos del horno.

Trilogía del terror

Pasado un mes de mi llegada, había cogido ya un poquito de soltura en el escenario de la recepción y me permitía la licencia de improvisar y sacar ese gracejo mío, con alguna que otra bromita que generalmente solía tener su éxito. Pero tanto fue el cántaro a la fuente que al final se descuajeringó.

Un día me vino un ballenato de 2.40 x 2.20, tipo armario de luna, engalanada como un árbol de navidad y pintada como un Picasso. Se medio recostó con la inmensidad de su peso en la repisa de la recepción y con un tono sumamente exigente me pidió que le hiciera una llave-tarjeta, mientras golpeaba el mármol con todas las uñas de sus dedos.

Y al ver aquellas uñas pintadas con los colores del arco iris y con incrustaciones de diamantes que habían agotado los recursos de las minas de Sudáfrica, no se me ocurrió otra cosa que comentarle con toda mi buena fe:

–“Divertidas uñas lleva Vd señora, apropiadísimas para la fiesta de disfraces de esta noche”

Se produjo un gélido silencio y no me respondió una palabra porque con la expresión de su cara tuve más que suficiente.

No tenía ninguna intención de asistir a aquella fiesta de disfraces porque ni siquiera sabía de su existencia. Sus uñas soportaban aquello diariamente.

Cuando me repuse de aquello, a los pocos días vino a recepción una señora que atisbaba ser enrollada, acompañada de su hija adolescente que había perdido su llave.

Algo en mis adentros me decía que debía ser jacarandoso, que tenía que alegrar las vidas de aquellas damas con una de esas bromas mías que después supe que podía perfectamente habérmelas metido por el ojete:

–“Lo siento mucho jovencita, desafortunadamente me veré obligado a reportarlo al Capitán y probablemente tendremos que desembarcarla en nuestro próximo puerto de destino” le comenté yo con tono serio y solemne.

Tras aquello, a la madre se le empezó a cambiar el semblante facial (hasta ahí controlable). Pero por las mejillas de la adolescente empezaron a brotar cascadas de agua en forma de lágrimas.

Me quedé sin habla. No pude siquiera articular palabra.

Aquello acabó en consejo de guerra a puerta cerrada en el despacho del Hotel Manager, y como consecuencia de aquello me quedé con uno sólo de esos dos pequeños óvalos que tenemos los tíos al sur de la Black & Decker.

La trilogía finaliza con otra anécdota dolorosa de recordar.

Un buen día embarcó un matrimonio forrado pero muy gafe al que, habiendo reservado una de las mejores suites a bordo con

servicio exclusivo de mayordomo para ellos, le habían dado por error un camarote interior además de haberles perdido todas sus maletas.

La mujer llamó a Guest Frustrations y tuvo la mala pata de que le cogiera yo el teléfono.

¡No estaba para hostias, quería mantequilla y la quería ya!

Yo no pregunté, a mi no me importan las prácticas sexuales de cada uno y le pedí a una camarera que les subiera toda la mantequilla que hubiese en el barco, a la voz de ya.

A la media hora vi a la dama reunida en el despacho de mi jefa. No le gustaba la marca (pensé yo). Me equivoqué en el pronóstico.

Mantequilla en inglés se dice butter. Mayordomo en inglés se dice butler.

Master Cum Laude

De existir un concurso internacional de inútiles de la vida, dos de estos pasajeros se llevarían la medalla de oro.

Un día llamó a la recepción, con clásico y reconocido tonito borde, un pasajero con la exigencia de que enviáramos a alguien de inmediato para que reparase el microondas.

Estupefacción por mi parte:

–“Sr. debo comunicarle que no hay un solo microondas en los camarotes de este barco” le respondí con vehemencia.

Ante la insistencia y el tono amenazante de aquel ser, le respondí:

–“Ningún problema, caballero. Yo le hago llegar al técnico”

Por supuesto, el técnico quedó en estado de shock con la llamada y acudió temiendo lo peor.

Llamó a la puerta, le recibió el lumbreras y le condujo hacia el armario (que es el lugar en el que la gente suele tener los microondas) para que le explicara porqué narices aquel aparato le estaba siendo hostil y le impedía calentar su lata de fideos chinos.

Todavía se está partiendo el culo el bueno del técnico de cómo aquel pájaro pudo haber llegado a confundir el microondas con la caja fuerte.

La siguiente historia es corta pero dramática.

Como he explicado anteriormente, el proceso de desembarque llevaba una dinámica perfectamente explicada a los pasajeros, utili-

zando todos los medios técnicos y soportes de información que hayan sido descubiertos por el ser humano hasta el día de hoy.

Pues bien, esas seis etiquetas de desembarque que recibía cada uno en su camarote, y que debía colgar de sus maletas una vez colocadas éstas fuera de sus habitaciones, tenían diferentes colores en función de su destino. Además de ir impresas en diferentes colores y para no despistar a los daltónicos, estaba escrito en cada una de ellas el nombre del color en dos idiomas, inglés y español: Red-rojo, Green-verde, black-negro, y así hasta completar el Arcoiris.

Pero había un color que la compañía tuvo a bien utilizar para hacernos pasar momentos memorables. Ese color era el amarillo. Y por alguna de esas casualidades de la vida, el sustantivo amarillo coincide con el nombre propio Amarillo, que a su vez coincide con el nombre de una ciudad del estado de Texas.

Siempre, indefectiblemente, en cada cruce y mezclado con el resto del pasaje, acechaba el/la/lo lerdito que venía con una furia inusitada y que amenazándonos con una demanda judicial, exigía que arregláramos ese grandísimo error de inmediato para evitar que sus maletas fueran a parar a Texas en lugar de a Wisconsin.

Y siempre, a pesar de la certeza de que aquel pasajero vendría a recepción, se repetía en la oficina de atrás la misma escena; todos nos rebozábamos por el suelo del descojono.

En una ocasión uno de esos pasajeros, al ser consciente de que era uni-neuronal, me regaló otro histórico comentario.

Con la intención de cubrir un tupido velo y olvidar la situación cambiando de tema, me preguntó de dónde era yo por ese acento tan peculiar que tenía. Cuando le respondí que de España, me hizo otro gran regalo verbal:

—“Aaaaahhhh, España, qué gran país. Siempre me han encantado las enchiladas y el tango es mi canción favorita”. Creo que sólo Bush podría haberlo mejorado.

Siguiendo con el tema de las maletas, en una ocasión tuve la oportunidad de atender a un pasajero en una situación de vida o muerte.

Era lógico pensar que si pedías a los pasajeros que colocaran sus maletas fuera de la habitación la noche anterior al desembarque, y sabedores como eran de que esa misma noche sus maletas serían recogidas por los porteadores para su traslado a la puerta de descarga

del barco, al menos tendrían una leve previsión de sacar la ropa que lucirían a la mañana siguiente. Pero para algunos pasajeros, eso era esperar demasiado.

Una tiparraca vino a la mañana siguiente hecha una fiera porque su marido estaba en bolas, no tenía ropa que ponerse y quería saber que pensaba hacer yo al respecto.

Se me pasaron por la mente varias opciones, entre las cuales estaba ir tapándole el nabo hasta la salida o prestarle un traje de gitana de los que usaban los artistas para sus actuaciones. Pero preferí encontrarle la camiseta y el pantalón de chándal más horteras y que lució el Einstein del marido con orgullo como un traje de Armani.

Me siento de morir

Siempre había hipocondríacos entrañables que al segundo o tercer día de haber embarcado, les entraba un brote de algo.

De repente uno de éstos, tras haberse pinchado un dedo cosiendo el botón del pantalón del esmoquin que había alquilado (y que tuvo la desgracia de salir volando de su cintura como consecuencia de los dieciocho kilos de peso ganados a bordo), acudió al hospital del barco.

El cuadro clínico que declaró ante la enfermera no daba lugar a dudas; era, literalmente, “una hemorragia de sangre”. Estaba bien la aclaración, porque se han dado casos documentados de hemorragias de horchata.

○ también estaban los que venían con ataques de apendicitis fulminantes que ellos mismos se auto diagnosticaban por los intensísimos dolores justo en el lado opuesto de donde está el apéndice.

Estos hipocondríacos, como estaban convencidos de que los servicios médicos a bordo eran por la patilla, al enterarse del precio por consulta se recuperaban al instante y nunca más volvían a tener síntomas.

La peste rosa

Desde la oficina central siempre nos advertían cuando iba a venir un tipo de pasaje especialmente conflictivo, como el de aquella ocasión en la que se juntó un cóctel explosivo formado por un numeroso grupo de machos ejecutivos mejicanos y otro de parejas gays.

La cosa no pintaba bien.

Al segundo día de aquel crucero, una pandilla de aguerridos mexicanos avanzó cual manada de Ñus hacia la recepción. Había ocurrido un ultraje a bordo y me lo venían a explicar para que lo solucionáramos de inmediato: una pareja de dos hombres degenerados estaban en aquel momento dándose besitos en una de las piscinas del barco.

Y como ya tenía muchas tablas cuando ocurrió esta anécdota, les respondí:

–“¡Que se habrán creído esos desviados!. Miren, no puedo garantizarles nada porque claro, ellos también han pagado un pasaje y lo que están haciendo aunque sea asqueroso y contra natura, no es ilegal. Pero yo les juro que hablaré con el capitán para que les sugiera que hagan esas cochinas dentro de su camarote. Además daré orden expresa a los técnicos de mantenimiento para que desinfecten la piscina en cuanto se marchen”.

–“¡Que bien nos entendemos los latinos. Da gusto!” Me respondieron agradecidos.

Y que razón tenían con lo de entender.

Por ellos

Entre unas y otras anécdotas más o menos cómicas, hubo momentos muy emotivos que serán muy difíciles de olvidar.

En alguno de los cruceros viajaban pasajeros que padecían enfermedades terminales y que, siendo conscientes de que se les iba la vida, querían cumplir el sueño de hacer un crucero en compañía de sus familiares y amigos íntimos.

Nosotros lo sabíamos porque a menudo habían hecho peticiones muy especiales relacionadas con su alimentación o con los servicios médicos a bordo.

Había que hacer grandes esfuerzos para mantenerte sereno cuando se acercaban a recepción y comprobabas, con auténtica congoja, su debilidad física y el ingente esfuerzo que para algunos suponía el mero de hecho de caminar.

Pero, por encima de esa visión desoladora, te llegaba muy dentro el tesón que ponía alguna de aquellas personas para que sus seres queridos les vieran sufrir lo menos posible, y la ilusión que sentían por estar allí rodeados de su gente.

Por la mujer cuyo marido me confesaba, con lágrimas en los ojos, que le partía el alma ver cómo se le estaba yendo. Por aquel chavalín

de siete años que estaba viviendo su aventura y no podía aguantar más de la emoción de cenar en la mesa del capitán. Por la señora que me preguntaba cada veinte minutos cuanto faltaba para hacer realidad su sueño de contemplar el paso por el estrecho del canal de Panamá.

Por cada uno de ellos, donde quiera que estén, bravo por el coraje de haber cumplido su deseo antes de marcharse.

Los “Non Plus Ultra”

Había algunos especímenes dentro de la raza de pasajeros que eran auténticos casos de pormenorizado estudio científico, debido principalmente a lo alienígena de sus exigencias.

En uno de los cruceros por Alaska tuvimos el honor de contar con la presencia de uno de ellos, el sibarita por antonomasia, el más de lo más, el que meaba Don Perignon.

Este personaje pidió expresamente, al precio que fuera, que fletásemos una lancha desde el barco al glaciar Hubbard con la única y exclusiva finalidad de traerle unos trozos de hielo con los que acompañar su gūiski de malta. Y así se hizo. Y aquello le costó al caprichosillo un ojo de la cara y media oreja.

De haber hecho esa petición en España (en alguno de nuestros famosos glaciares de Almería), hubiésemos apartado las croquetas Findus del congelata para traerle al listillo el hielo más puro que hubiésemos podido encontrar.

En cada crucero también contábamos con algún que otro potentado de la vida, de esos que tenían el riñón tan cubierto, que más que riñón era un segundo estómago. Como aquella adorable parejita que perdía una media de seis mil euros al día en el casino, así, sin pestañear, para ir abriendo boca.

Lo bueno que tenían esos nuevos ricos era que igual que gastaban la tela a lo grande, también la repartían con el mismo estilo. Así por ejemplo, otra pareja tuvo a bien agradecer la profesionalidad de su mayordomo con una propina de dos mil dólares y otra de trescientos del ala para la telefonista (mi buena amiga Fátima), porque simplemente les gustó su voz.

El viejo tigre

Una vez nos visitó un simpático yayo, un entrañable viciosillo de la vida que me llamó una noche para implorarme que le enviase a su camarote un par de señoritas con el objetivo de alegrarle la velada.

Tuve que informarle que, desafortunadamente, nuestro afán de lograr la máxima satisfacción al pasajero tenía algunas limitaciones y aquel buen hombre pretendía que lleváramos un paso más allá la excelencia en el servicio al cliente.

Mi tesoooooro

La capacidad de fabulación, o la suprema mente retorcida, que podía llegar a tener alguno de aquellos pasajeros no tenía límites.

Aun recuerdo con auténtica fascinación la queja en forma de probada sospecha, que un matrimonio me vino a formular.

Antes que nada y al hilo de la historia, mencionar que la naviera contrataba en ocasiones a señores maduros con experiencia en bailes de salón y animación, para que a cambio de un crucero gratis, animasen a los pasajeros a bailar en los guateques nocturnos de la discoteca. Siempre era gente muy cordial y educada, conscientes de que su responsabilidad era hacer que los clientes se lo pasaran bien, mientras les enseñaban a bailar o hacían de pareja de baile de los más solitarios.

Pues bien, esa queja se basaba en una más que fundada sospecha de que uno de los bailarines había cogido por banda a la esposa del ultrajado para marcarse unos bailes con ella. Y según su versión, en uno de esos giros y requiebros en plena lujuria y desenfreno del baile, el hombre se las había arreglado para extraer del índice del dedo de la dama, un anillo valiosísimo que había pertenecido a la familia durante generaciones.

Tras escuchar la historia y frente a los reclamantes, me quedé pensativo durante unos instantes y tuve un flash con la auténtica versión de la historia: el marido era un patoso además de un muermo, la mujer tenía ganas de cachondeo, el bailarín la invitó amablemente a bailar, la mujer se desmelenó, al marido le entró un ataque de cuernos, la mujer se acojonó y como cortina de humo le metió la bola del robo del anillo al marido. Añadir el importante detalle de que la alhaja era tan valiosa como una de esas anillas de las latas de Pepsi.

Pero como uno era muy profesional, informé a la pareja que todo el equipo de seguridad del barco se pondría manos a la obra para recuperar el tesoro.

Al cabo de escasos treinta minutos de la denuncia, tuvieron la valentía de informar a la telefonista (porque no hubo huevos de decírmelo a mí), que habían encontrado el anillo dentro del cofrecito de joyas de la buena señora.

La repelencia

Los académicos de la lengua, los que hilan finísimo, solían aparecer de vez en cuando por el barco. Por ejemplo, sin ir mas lejos, el que me exigió que no se me ocurriera insultarle llamándole Mr. Smith. Aquello era una ofensa intolerable porque él era el Doctor Smith, que para eso le había costado su buen dinerito y sus años de esfuerzo sacarse el doctorado.

Yo llegué a la conclusión de que si aquello le hacía ilusión, pues para que darle un disgusto, ¿no?. Vamos, como si hubiera querido que le llamase Zar de todas las Rusias o Padre Prior del Colegio Cardenalicio.

El susodicho código de etiqueta verbal que debíamos cumplir todos los sufridos tripulantes a bordo, incluía chuminadas tales como las de sustituir, al descolgar el teléfono, el clásico “¿dígame?” por el “Excelentísimo día tengo Vd. Se me hace el culo gaseosa de recibir su llamada. ¿En que me puedo dejar los cuernos para ayudarle?”.

O el de eliminar de nuestro vocabulario el término “passengers” (pasajeros) para sustituirlo por el de “guests” (invitados), que fue precisamente el sustantivo de la discordia con uno de ellos, que me prohibió tajantemente usar ese término con él porque, como bien me aclaró, los invitados no pagaban y él se había dejado una pasta gansa en aquel crucero.

Bendito virus

Y un precioso día de aquel mes de agosto, alguien escuchó mis plegarias.

Mis deseos, mis grandes anhelos de venganza pasajil se hicieron realidad en forma de virus. Todo el barco se puso en alerta médica por la detección de un virus que había afectado a uno de aquellos pasajeros.

Sus consecuencias no tenían ninguna repercusión grave para la salud, aparte de alguna que otra diarrea, pero suponía la puesta en cuarentena de quienes la sufrían porque tenían que quedarse aislados en sus camarotes hasta nuevo aviso.

Pero lo que me produjo mayor gozo, aparte del hecho de que algunas de aquellas fieras tuvieran que estar encerradas en sus jaulas, fue enterarme de que el origen y una de las principales vías de transmisión de aquel virus era la falta de higiene de uno o varios pasajeros.

Es decir. Un suponer. Un pasajero iba al water a hacer aguas mayores y después del acto, sin lavarse las manos, iba y tocaba una de las cuatro mil barandillas del barco.

Consecuencias: cagada, tanto en su origen como en sus consecuencias.

Fue deliciosamente reconfortante constatar que podía añadir un nuevo adjetivo a la extensa lista para describir a aquella jauría. Cochinos guarrindongos.

Goles en propia puerta

En ocasiones éramos los propios tripulantes la jugosa fuente de noticias. Como en aquella ocasión y siguiendo con el tema escatológico, en la que por arte de magia y sin previo aviso, apareció en medio del Grand Foyer una grandísima mierda.

Era tan grande y lustrosa que, de haber sido yo el padre de la criatura, me hubiera sentido orgulloso.

Lo realmente impresionante fue el número de tripulantes que en escrupuloso orden jerárquico, acudieron a rendir honores a aquella honorable defecación. La alucinada camarera de planta avisó a la camarera jefa, ésta pidió ayuda al jefe de las camareras quién convocó a la mismísima GRM, que a su vez pidió auxilio de urgencia al Hotel Manager.

Y todos ahí, acordonando la zona y contemplando el meteorito. Menos mal que el Hotel Manager, en un acto que justificó por si solo el sueldazo que se levantaba, ordenó la evacuación de aquello a su lugar de destino que era las aguas, donde debía haber acabado desde el primer momento.

Se habló mucho de su origen, dando lugar a todo tipo de conjeturas y teorías. La mía, y que expuse ya en su momento ante Dirección, fue tan sencilla como que un abuelo debió ir mal de vientre

y no le dio tiempo de llegar al baño. Sin darse cuenta, en su camino a la liberación nos dejó ese regalo, además de otros de igual o mayor intensidad en la taza del water del aseo del Grand Foyer.

Cambiando de tema, uno de los mayores temores que teníamos los tripulantes era volver tarde de tierra al barco para incorporarnos a nuestro turno, porque además de hacerle una putada al compañero que empezaba su descanso con tu incorporación (no podía marcharse sin que tu llegaras), te caía una deliciosa bronca y un warning gallifante como premio.

Pero lo verdaderamente chungo era quedarte en tierra y que el barco zarpase porque aquello implicaba en muchas ocasiones la expulsión y repatriación, salvo excepciones justificadas.

En el mejor de los peores casos, podías tener la suerte de encontrar al contacto de la compañía que había en cada puerto para que te enlatase en una lancha rápida y pillar así al barco. Pero en una ocasión, un par de pillos no tuvieron esa suerte.

Desembarcaron en Acapulco y tripa arriba y tripa abajo al sol, que si un tequila va y una margarita viene, que si la exaltación de la amistad..... y se les fueron pasando las horas tan ricamente.

Y les dieron las 10 y las 11, las 12 y la 1 y las 2 y las 3..... y cuando volvieron en sí del coma etílico se percataron del pequeño detalle de que hacía muchas horas que ya no había barco.

Lloraron, patalearon, se tiraron de los pelos y se cagaron en todo lo cagable. Pero en su inmensa desesperación, tuvieron una idea brillante que será incluida en los mejores manuales de supervivencia.

Decidieron darse de hostias entre ellos, pero leches creíbles, de las que te dejan secuelas en la jeta. Y después de la reyerta decidieron denunciar en comisaría la paliza que les habían dado unos maleantes fingidos que además, tal y como vehementemente declararon, les habían robado la documentación y la pasta.

Aquellos magos de la picaresca lograron ser embarcados de nuevo y estuvieron a punto de recibir una medalla al coraje.

Choricillos a babor

En el diccionario de todo pasajero histérico que se precie no podían faltar las típicas palabras, verbos y frases que usaban para describir las mínimas chuminadas en forma de percanche que cualquier otra persona normal hubiese pasado por alto.

Del introductorio: “You’ve ruined my vacation” (habéis arruinado mis vacaciones) o el “I’m absolutely devastated” (estoy totalmente desolado), pasaban a lo que ya era una declaración de intenciones en toda regla con el ya famoso “I want a compensation” (quiero que me compenséis este ultraje con algo de mucho valor) o el histórico “I demand a full refund” (exijo que me devolváis toda la pasta que me costó el crucero).

Es que había auténticos profesionales de lo que yo denominé el binomio queja-recompensa. Generalmente, su intención partía de una queja previa o bien falsa o bien exagerada hasta límites insospechados, para lograr con ella una recompensa absolutamente desproporcionada a la rimbombancia de la exageración o de la mentira.

Y alguno de aquellos profesionales del timo (la mente pensante de nuestros Trileros patrios) sabía exactamente qué decir y cómo decirlo para lograr sus objetivos.

Pero éstos eran una auténtica minoría, la élite de los choricillos. Los demás, amateurs de cuarta, lo intentaban pero les remitíamos a la central mediante la entrega de una tarjeta con el teléfono del servicio de reclamaciones.

Los primeros, los genuinos profesionales, trabajaban a lo grande y perseguían grandes objetivos estratégicos. Y con los profesionales, sean del sector que sean, uno tiene el deber de quitarse el sombrero.

De entre los amateurs, esos cutres de nacimiento que alguien tuvo a bien ponerlos en este mundo para que hubiera de todo, estaban los que al recibir los sobres en los que tenían que depositar las propinas para los sufridos tripulantes (y cuyo sueldo se basaba en ellas), depositaban en lugar de dólares, sobres de azúcar o billetes del Monopoly.

Esos mismos raterillos de bajos fondos, eran los que pretendían amenazarte para conseguir sus objetivos, jurándote que habían navegado con la compañía en dieciocho fabulosas ocasiones anteriores, cuando con una simple presión de la tecla de nuestros ordenadores, comprobábamos que era la primerísima vez que lo hacían.

Al César lo que es del César

Siguiendo los consejos de Ricardo, me tragué todo el amor propio que acumulaba y la coraza de despechado para acercarme a Jorge, con el único fin de que supiera que no pretendía otra cosa que verle feliz, aunque aquello me costara una úlcera de estómago.

Contarlo así, de repente en unos parrafillos es relativamente sencillo, pero vivir el dolor de ver a quien había sido la primera pareja de mi vida haciendo las mismas y nuevas cosas que solía hacer conmigo, pero esta vez con otra persona, era muy jodido de sobrellevar.

Todos los rincones testigos de nuestras largas conversaciones, los estupendos recuerdos de mis desembarques con él, nuestras cenas románticas en su camarote, las confidencias nocturnas previas a hacer cochinas....y ahora era otro, el innombrable quien ocupaba su corazón y su cama.

Además, aquel barco que me resultaba un laberinto en mis primeras semanas a bordo acabé conociéndolo como la palma de la mano, y fuera donde fuera siempre me acababa encontrando con Jorge y con su nueva pareja por todas partes.

Durante una semana entera después de aquel trágico suceso, viví sin vivir en mí. El jacarandoso de recepción dejó paso al hombrecillo gris o alma pena en el que me acabé convirtiendo. Ya no había risas, ni bromas, ni nada de nada. Sólo había silencio y agonía. Las compañeras de recepción no encontraban la forma de consolarme.

Fátima intentó paliar mi tristeza con pócimas que me preparaba y que había traído de Cabo Verde. Nicolás me ponía cada noche una tarjeta sobre la almohada con palabras de ánimo y hasta el enemigo del pasaje me dio una tregua. Incluso Jorge llegó a preocuparse seriamente por mi estado de salud cuando le dijeron que estaba inmerso en una profunda catatonía.

Pero un buen día me armé de valor. En plena agonía me senté junto a Jorge en el restaurante reservado exclusivamente a los oficiales y me sinceré con él:

—“Oye Jorge, sé que no tengo ningún derecho a recriminarte nada, porque soy consciente de que no he sabido estar a la altura de tus sentimientos, pero quiero que sepas que, de ahora en adelante, puedes contar conmigo para contarme lo que sientas. Sea lo que

sea. Lo que necesites. Quiero ser el amigo que como pareja nunca te demostré ser”.

Aunque durante un buen rato Jorge se negó a hablar del tema, tanto le insistí y tan bien debí mentir para demostrarle que estaba de puta madre, que me soltó:

–“Bueno, gracias por tu sinceridad. Ahora que lo mencionas, estamos muy bien John y yo. No sé, lo pasamos rico. Salimos a puerto, hacemos cosas lindas, me consiente, le consiento....Es un amor de persona.”

Y yo continuaba como si tal cosa, tragando saliva y haciendo de tripas corazón, mientras cortaba aquel trozo de pollo rebelde anhelando que ese tal John me diera el inmenso placer de convertirse en lo que estaba despedazando.

A pesar de que sabía que si me hubiera esforzado en comportarme como debía haberlo hecho desde un principio, tal vez hubiera reconquistado a Jorge, pensé que era inmoral por mi parte trazar una estrategia para fingir una entrega y dedicación hacia él que no iba a cumplir.

También era consciente de que no tenía ningún derecho de hacerle sentir mal a ese tal John, pero es que hay veces en las que el latino chungo que uno lleva dentro no atiende a razones. Así que cada vez que me lo cruzaba por los pasillos, de mis ojos salían rayos que le fulminaban con cada una de esas miradas más que transmiten epidemias mortales.

A las dos semanas de iniciarse aquel romance, la relación se rompió. ¡Qué lástima y que pena tan grande!. Así que Jorge y yo continuamos estrechando lazos, pero solo como amigos. Y, por primera vez desde que le conocí, me sentí orgulloso de mi mismo (gracias al sabio consejo de Ricardo), por haber sabido reconvertir el amor hacia él en una bonita y cómplice relación de amistad.

Pero no todo iba a ser crecimiento personal, porque sino uno acaba rozando la santidad y se vuelve un auténtico coñazo. Yo tenía pendiente un duelo con el artífice de mi embarque, el ladino roba parejas, el sinvergüenza que me había metido en semejante guerra, el capullo de Arthur.

Cuando me quedaban dos semanas para desembarcar, con mis maletas ya preparadas y las fiestas homenaje encarriladas, nos visitó por última vez Arthur. Y cuando le vi en aquella ocasión, me percaté

–“Pues mira, como ese merecidísimo ascenso profesional va a suponer trabajar dieciséis horas diarias en lugar de las relajantes once que he venido trabajando hasta ahora, enfrentarme cara a cara y a puerta cerrada con el peor tipo de pasajero que haya conocido jamás una naviera en toda su historia, cobrar un sueldo indigno en lugar de uno miserable, y trabajar codo con codo con el Séneca que tenéis de Hotel Manager, casi que no me apetece lo más mínimo aceptarlo. Si a todo esto le unimos que contaría con el inestimable apoyo de una compañía que, en lugar de mimar a sus empleados para que trabajen a gusto y ofrezcan lo mejor de si mismos, les explota vilmente para lograr la gran hazaña de que deserten a otras navieras donde se les trate como a seres humanos y no como a esclavos, me complace comunicarte que mi respuesta a tu oferta es un rotundo NI DE COÑA”.

Durante unas décimas de segundos se quedó a cuadros para reaccionar con una contra oferta.

–“Esteeeeeeeeee, no seas tan negativo, hermano tripulante. En la vida profesional todos pasamos por momentos difíciles que hacen que salgamos fortalecidos para afrontar con mayor ímpetu y entusiasmo los futuros retos. ¿No habría otro puesto a bordo en el que te pudieras sentir más a gusto? ¿Qué te puedo ofrecer?”

El mensaje no le había quedado claro y yo ya estaba a un punto de la ebullición. Respiré hondo, analicé la situación y me lancé a la yugular utilizando su mismo tono complaciente.

–“Amigo Arthur, no sabes cuanto me llena de orgullo tu interés por retener mi talento en esta compañía. Pero ahora mismo lo que más anhelo de este mundo es recobrar mi libertad y grabar a fuego en la memoria lo que ha sido este infierno, para no volver a visitarlo jamás. Y con este agradecimiento doy por zanjada nuestra conversación en lo concerniente a lo profesional.”

–“Buenoooooo, respeto tu decisión y solo me queda decirte que si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en contar conmigo” me dijo el muy incauto.

–“Ahora que lo mencionas, antes de despedirnos y aunque puede que no venga al hilo de nuestra conversación, me gustaría mucho narrarte una breve leyenda que me contó un compañero que trabaja en la cocina y de la que creo que se pueden extraer buenas moralejas”.
Le dije

–“No faltaba más, me apasiona todo lo referente a la antropología y a la mitología”.

Y le clavé el aguijón con una historia inventada que llevaba toda la noche anterior preparando a conciencia.

–“Existió una vez una tribu, la de los Itzaplan, que habitaba en la cuenca del Orinoco hace tres mil años. Cuenta la leyenda que aquel sabio pueblo al mando del cual se encontraba el gran Chamán Tzalepituc, convivía en plena armonía con unos dioses que adoptaban la forma de lagartos. Al caer la noche, la misión de aquellos dioses reptiles era velar por el cumplimiento de la orden del chamán, que consistía en que ningún hombre del poblado estuviera tentado de salir de su choza con la perversa intención de intentar robar a una de las felices esposas que habían quedado solas, al cuidado de sus hijos, mientras sus maridos cazaban. Durante generaciones, los lagartos nunca tuvieron que actuar, hasta que una noche la cosa cambió cuando descubrieron a un hombre que se había adentrado furtivamente en una de las cabañas, y esperaba tendido en el lecho la llegada de aquella mujer que había salido a coger agua al río. A la mañana siguiente, el hombre (de voluminoso trasero) que había mostrado un absoluto desprecio a la ley del poblado, fue conducido atado de pies y manos por toda la tribu a lo alto de la montaña de Quatxilec, donde arrojaron su cuerpo con vida a una gran fosa en la que le esperaban cientos de miles de hambrientas lagartijas que despedazaron su cuerpo mordisquito a mordisquito. Sus alaridos de dolor, mientras era lentamente devorado, duraron horas y se escucharon a kilómetros de distancia. Desde aquel trágico suceso, en adelante nadie osó jamás incumplir aquella única ley que el chamán transcribió en una inmensa piedra a la entrada del poblado y que decía: No robarás la pareja ajena ”

Flipé con lo bien que me salió la historia. Y Arthur se quedó blanco, sin articular una sola palabra y con sus ojos mirando al infinito. Por primera vez había visto a aquel jefazo quedarse sin capacidad de reacción.

Y es muy curioso como somos los seres humanos, porque cuando comprobé el maltrecho estado en el que había dejado a aquel hombre, en lugar de regocijarme en la victoria creí oportuno dejarle a solas para que se lamiese las heridas. Así que me levanté, abroché el botón de la chaqueta de mi uniforme, le di una palmadita en la espalda y

me alejé dejando al autista exactamente en la misma posición que se había quedado.

Dulce derrota

El doce de Septiembre de 2003 se cumplió la fecha de finalización de mi contrato y el día de mi desembarque.

No hay palabras suficientes para describir la ilusión que embargó todo mi ser cuando llegó ese día a mi vida. El profundísimo dolor, la ira implacable y la tremenda desesperación que me habían corroído durante esos seis largos meses, quedaron a buen recaudo en la parte de mi memoria de la que ahora estoy echando mano.

Todo en mi era euforia, excitación y desenfreno. Salvo por la pena de despedirme del que fue mi gran amor y de todos esos magníficos amigos con los que compartí mi vida a bordo, todo me la pelaba en mi cuenta atrás en recepción. Por eso estuve tentado de aprovechar aquellos momentos de impunidad diplomática-laboral, para obsequiar a algún que otro pasajero con un último regalo.

Pasaron por mi mente travesurillas en la línea de rellenar algunas de las botellas de agua que se servían en el restaurante con un poquito de sosa caustica o utilizar la megafonía del barco (audible desde sus camarotes) para entonar unas cancioncillas inspiradas en los pasajeros, sin descartar la de cargar en sus tarjetas de crédito compras por valor de 17.354.826 dólares en concepto de compras de albornoces, toallas de playa y floreros. ¡Y que me viniesen a buscar!

Pero por muchas ganas que tuviera de hacer esas picardías, era consciente de que con esa bomba de expansión masiva iban a pagar justos por pecadores y a mi todavía me quedaba algo de conciencia.

En lugar de aquello, medité la posibilidad de proponer la creación de un gran tribunal internacional al estilo Estrasburgo, para depurar las responsabilidades penales que procedieran contra ellos. Pero descarté la idea, porque se me fue yendo la pinza pensando en las posibles penas y sanciones a imponer. Tráigame usted la silla eléctrica, déjeme ahí el garrote vil, que la guillotina vuelva a estar de moda.....

Así que han tenido que pasar cinco años para que por fin encuentre la forma más justa de vengarme de ellos escribiendo este relato.

Absolutamente todas las historias y anécdotas que he narrado aquí son hechos reales que viví en mi aventura como recepcionista.

He intentado con mayor o menor fortuna, y en clave de humor, narrar lo duro de aquella experiencia, que fue mucho más allá de lo profesional y que ha marcado en buena medida mi vida hasta hoy.

Pero a pesar de que esta vivencia fue en muchos sentidos la mili que nunca hice o la guerra en la que nunca he luchado, también fue por otro lado una de las más enriquecedoras que he tenido. Una vivencia en la que hubo muchísimos momentos absolutamente fabulosos.

Arriesgándome a parecer un sádico, recomendaría a todos los chicos y chicas que quieran vivir una aventura fuera de lo común y que puedan soltar su ancla durante un tiempo, probar la experiencia inolvidable de trabajar como tripulantes a bordo de un gran trasatlántico. Aunque lo que si rogaría encarecidamente es que, salvo que a alguien le tire especialmente el lado más oscuro del masoquismo, no lo prueben en la recepción de un barco.

Para todos los amantes de los grandes cruceros, me uno a ellos en su elección de una forma de hacer turismo que, aunque pueda no satisfacer los gustos de los apasionados por la aventura en solitario, tiene en compensación otras muchas ventajas y alicientes que hacen que esta forma de viajar sea una excelente opción para pasar unas vacaciones inolvidables.

Como colofón, me gustaría sugerir también, que aquellos que tengan la intención de personarse en la recepción de un barco con la finalidad de pedir algo o hacer una reclamación con el cuchillo levantado, recuerden que aunque yo ya no esté ahí, mi espíritu si que estará para apoyar a todos los míos.

Y mi venganza en forma de verbo puede ser terrible.

No quiero que penséis que esto es una amenaza porque simplemente es una promesa.

Muchísimas gracias por la serenidad, la educación y los buenos modales con los que estoy seguro que os dirigiréis a los compañeros que han recogido mi testigo en cualquiera de las recepciones de los trasatlánticos que surcan los mares de este planeta tierra.

Trabajar como tripulante en un crucero de lujo puede llegar a ser una experiencia terrorífica. Y si además lo haces como recepcionista, entonces ya puedes decir que has conocido el infierno.

Esta es la historia real de lo que vivió uno de ellos.



He disfrutado mucho recordando lo que viví y me encantaría haberte hecho pasar un buen rato leyéndolo. Este es mi correo por si te apetece contarme que te ha parecido:

miguel_elipe@hotmail.com